JEAN LOMBARD COEURDEROY

LA CARA OCULTA DE LA HISTORIA MODERNA

TOMO I

DILIFOLLAC
Bogotá, Colombia.
1.989

DEDICATORIA

A mi esposa y mejor colaboradora.

En memoria del Sr. JEAN LOMBARD COEURDEROY, uno de los hombres geniales que ha dado el siglo XX. Dedicó su vida y su talento a desenmascarar la conspiración judía que acecha a la humanidad. Su ejemplo nos sirva de aliento en ésta cruzada.

Nuestro reconocimiento a la Sra. Lombard por su abnegación y fidelidad.

DILIFOLLAC.

PREAMBULO

Aunque tenga cinco siglos de antigüedad, la "saga" del capitalismo no es menos actual. En estas páginas que le ofrecemos el lector encontrará, en vez de una historia fría de las doctrinas económicas, una relación vivaz, sobre la marcha de los acontecimientos a través de los cuales podrá seguir el juego de las fuerzas que promovieron su desarrollo.

En el momento de cerrarse el camino de las especias y de abrirse nuevos mundos al afán de expansión del hombre, se formó una oligarquía que, para conquistar el poder, suscitó y animó contiendas religiosas y movimientos de subversión que le permitieran derrocar a los gobiernos legítimos para ocupar su sitio.

El mismo espíritu místico alentó a los "lollards" de Inglaterra, a los "husitas" de Praga, a los "anabaptistas" de Munster y a los rebeldes del Bundshuh alemán, a esta serie de revueltas campesinas o "jacquerias" de tendencias comunistas, esperando y obrando en favor del advenimiento de "una nueva Jerusalem".

Estos movimientos seudo-religiosos y mesiánicos tenían por objeto sacudir y destrozar la organización social cristiana de la Edad Media, para instaurar una Reforma capaz de abolir las restricciones a la usura y al préstamo con interés, a borrar la noción del "justo precio", a romper el estrecho cuadro de las corporaciones gremiales, con vista a permitir la constitución a la vez de empresas industriales bajo control financiero en vez de profesional y de grandes compañías de comercio monopolistas en forma de sociedades anónimas, y a despojar a los productores manuales, o "gentes mecánicas" —por otra parte apartados de la gestión de los municipios— de la protección de sus "cofradías", es decir de las hermandades o seguro social de la época.

En este proceso, sea en Francia Francisco I, sea en Inglaterra Enrique VIII adoptaron la misma táctica. Lo que permitió, primero en Amsterdam (gracias a la revuelta de los Países Bajos contra España) como luego en Londres con Cromwell (gracias a la revolución de los "puritanos" de la City), bajo la protección de la familia advenediza de Orange, sustituida a la dinastía legítima de los Estuardo, la instalación, durante el siglo XVII, de Bolsas y de Bancos centrales, donde funcionaba ya el capitalismo moderno, con sus papeles desprovistos de carácter personal (según el modelo del "mamré" judío), sus sociedades anónimas, su orgía de especulación, sus tráficos al descubierto, sus valores de viento... y como contrapartida, un tercer estado en vía de proletarización, y sus cortejos de parados frente a una oligarquía restringida de

"elegidos del señor", "benditos por la fortuna", manipulando una burguesía, unos funcionarios, unos militares y unos gobernantes "títeres" sometidos al todopoderoso Dinero.

Desde esta época se cavó un profundo foso social entre clases enfrentadas, que las sociedades secretas, Rosa-Cruz, Francmasonería o Iluminados de Baviera utilizaron como madera propicia para encender una serie de revoluciones en América (1776), Suiza (1782), Holanda (1785-87), Francia (1789) y en toda Europa (1792-1815), revoluciones cuyo resultado no será de liberar el pueblo, sea políticamente, socialmente o económicamente, sino de empeorar su condición real. Como por ejemplo la Revolución francesa, cuya famosa ley Le Chapelier (del 14 de junio de 1791) —que Napoleón no tuvo el valor de reformar— dejó al individuo aislado, a la merced de la explotación desenfrenada de los empresarios del siglo XIX, adeptos del "sweating system" o sistema del sudor.

Después del fracaso del intento de imponer este sistema seudo-democrático por la fuerza a toda Europa, después del fracaso de la revolución jacobina y de las guerras napoleónicas, se impuso al continente la hegemonía del sindicato de la Alta Finanza, de los Boyd y Ker, Baring, Hope, Parish, etc., y luego de la dinastía de los Rothschild, reyes de los banqueros imponiendo su voluntad a los reyes, desprovistos de real poder. Así llegó el capitalismo a su apogeo en la primera mitad del siglo XIX. Antes de intentar, después de 1840 y especialmente en 1848, de imponer su dominación, aprovechándose del marxismo para derrocar a los gobiernos y arruinar la libre empresa, para someter la humanidad entera a un régimen colectivista de inspiración faraónica (el propio régimen impuesto en la Antigüedad por José al pueblo de Egipto).

¿Acaso pertenece a tiempos cumplidos aquella historia? Nada de eso, es historia muy actual, que necesitamos conocer para hacer frente a los tiempos de crisis sin fondo que nos esperan. Una nueva era, que con signo opuesto a la que favoreció el desarrollo del capitalismo, ha dejado de estar en plena expansión. Pues al contrario, en la era actual "empieza el mundo limitado" —"l'époque du monde fini commence!"—, como dijo Paul Valéry, siendo a veces el poeta mucho mejor profeta que el economista "experto".

¿Cuáles son los desórdenes que caracterizan esta crisis?

— La ausencia de un patrón monetario válido, capaz de medir las divisas, patrón que renda inútil la inflación —el recurso a la lámina de billetes— cuando en vez de reducirla se la mantiene... quizá porque permite presentar como crecimiento aparente un estancamiento o un retroceso real (en términos constantes), o disfrazar, en varios países, a través de tardíos aumentos salariales, una continua disminución del poder adquisitivo. Defectos que un real patrón de valores haría desaparecer, desvelando inmediatamente el fraude y obligando a corregirlo.

Ya ineficaces desde el abandono del patrón-oro por Gran Bretaña y los Estados Unidos (15 de agosto de 1971), los acuerdos de Bretton Woods han sido sustituidos sólo por un patrón elástico (una cesta compensada de divisas de carácter variable), patrón basado en unos Derechos especiales de Giro, que no constituyen otra cosa que una nueva forma de inflación —la de reservas— añadida a la inflación fiduciaria de billetes y a la de créditos, pues

se han otorgado proporcionalmente a reservas reales en el F. M. I. (en oro y divisas), sin representar ningún valor real. Siendo esta medida nada más que un expediente provisional, que proporciona un suplemento ficticio de reservas, capaz de corregir el creciente déficit de pagos de los Estados Unidos —la rana que se quiere tan gorda como el buey, según la fábula—, déficit debido a inversiones excesivas (1), de las compañías multinacionales y de sus tentáculos, tratando de controlar o dominar sectores cada vez más amplios de la economía, no sólo occidental, sino también de los estados del Este y de los países en vías de desarrollo, situación anterior al alza de los precios del petróleo, pero empeorada por ella y por la constitución de stocks con vista a una posible tercera guerra mundial.

Para frenar y reducir las consecuencias de estos desórdenes del dólar (cuya caída utilizan como medio de "dumping" los especuladores de Wall Street que dirigen las finanzas americanas), la Europa residual intenta otra vez crear (como ya lo había intentado Pompidou para el 15 de junio de 1971) su propia moneda, su ECU, escudo, pero incompleto, pues como los D. E. G. del F. M. I. elástico, sigue las variaciones de una cesta compensada, en vez de constituir una moneda de cuenta pura (como la libra "tournois" de Tours en la Francia medieval, según la cual se evaluaban todas las monedas señoriales, corrigiendo así sus "modificaciones" o devaluaciones). Un escudo defendido por un Fondo especial, según el ejemplo del Fondo de Intervención en defensa del dólar (de 30 mil millones de dólares, cuyas dos terceras partes han sido ya "comidas"), que pretende luchar contra la especulación, nutriéndola, en vez de yugular los excesos del desorden de los cambios, cuya libertad se debe justificar sólo por el pago de intercambios reales de mercancías o por inversiones a corto o largo plazo, a exclusión de los movimientos puramente especulativos de una ingente magnitud de euro o de petrodólares, fortuna anónima y errante (2), cuyo volumen alcanzó 720 mil millones de dólares (el 31 de marzo de 1970, en vez de 688 el 31 de diciembre de 1977), frente a 331,3 de liquidez en el F. M. I. y 330 de compromisos (que aumentaron en el 25 % durante estos tres meses (Michel Lelart, en "Le Monde" del 14 de noviembre de 1978). ¡Una situación explosiva que puede llegar a la catástrofe!

— Desorden de las Bolsas, que ya no cumplen con su misión de proporcionar los recursos del ahorro a los empresarios, ahogados por otra parte por créditos otorgados con tipos de interés usurarios, pues desalientan a los ahorradores, al robarles sus economías (400 millones en España entre 1973 y 1978, de manera que de 100 pesetas invertidas en 1974 sólo quedaban 20 en noviembre de 1978), y conducen al control y a la nacionalización insidiosa de las empresas, a través de las intervenciones de los bancos y del Estado comprando valores con el pretexto de sostener las cotizaciones.

— Crecimiento incesante del paro (18 millones en la O. C. D. E. y 6 en la C. E. E. (3), debido en gran parte a una concentración y racionalización

---

(1) De 1.900 millones en 1958 a 13.000 en 1970 y a 20.000 en 1972.

(2) Pasó de un millón en 1959 a 60 en 1971 y 100 millones de dólares en mayo de 1973.

(3) Siendo los países más afectados el Canadá (con 8,5 %), Italia (con 7,5), los Estados Unidos (con 6), Francia (con 5,7, ó sea 1,3 millones), Gran Bretaña (con 5,6). En cuanto a Alemania, bajó de 4,7 a 4,3, pero prescindiendo de los servicios de 1,3 millones de extranjeros. Con 7,71 %, España tiene más de un millón de parados.

excesiva de las empresas industriales y agrícolas, obedeciendo las consignas de unos tecnócratas en busca de mejorías teóricas de los medios de producción, sin la correspondiente preocupación de las consecuencias sociales de las medidas que imponen.

Entonces, ¿por qué no se remedia con más vigor una situación que sigue empeorando gravemente? ¿Por ignorancia de los expertos? ¿por impotencia de los gobiernos? ¿O bien porque estos desórdenes, cuidadosamente mantenidos, se consideran necesarios para conducir a la aceptación de un régimen "mundialista", ya planificado desde siglos, y que las sociedades secretas y la Alta Finanza pretenden imponer, volens-nolens, y por todos los medios (incluida una tercera guerra mundial) a la humanidad?

Concebido por la Rosa-Cruz de Juan-Valentin Andreas y de Amos Komenski (Comenius), simbolizado por la pirámide coronada por el "ojo" masónico de los Iluminados, completado por el lema "Novus Ordo Saeclorum MDCCLXXVI annuit coeptis" (que el Iluminado Jefferson puso al revés del sello de los Estados Unidos el 15 de septiembre de 1789, y Roosevelt al verso de los billetes de un dólar del "New Deal" en 1933), el Nuevo Orden económico y social mundial pretende imponernos —así como lo escribió el general Albert Pike, G. M. del Supremo Consejo de Charleston y G. M. de la obediencia luciferiana del "Palladian Rite", a Mazzini, el 15 de agosto de 1871— a través de tres guerras mundiales seguidas por tres revoluciones a lo largo del siglo XX... régimen siempre inspirado en el establecido por José en el Egipto de los Faraones.

Régimen impuesto a unos gobiernos debilitados por la subversión, por la impotencia de partidos seudo-democráticos, incapaces de formar unas mayorías estables, maniobrados bajo mano, cuando parecen opuestos, por los mismos poderes internacionales, C. F. R., grupo de Bilderberg o Comisión Trilateral, etc., a unos gobiernos conducidos al borde de la bancarrota por la demagogia y entregados por los préstamos imprudentemente pedidos al control de expertos del F. M. I., modernos escribas que aplican sus recetas, sin la debida consideración a las condiciones sociales locales... a unos gobiernos así condenados a la impotencia.

Este régimen, lo conocemos. Es la dictadura anónima e irresponsable de la Alta Finanza, empleando sus "ojeadores" marxistas para aplastar a las clases medias, destruir la libre empresa y reducir —¡en nombre de los Derechos del Hombre, poco importa!— la persona humana, rescatada y ennoblecida por el cristianismo, al papel de mera máquina de producción, de matrícula sin nombre, sometida a las "normas" y al despotismo de tecnócratas tan irresponsables como sus patronos supremos. ¡La peor forma de Dictadura, la del Dinero, que no tiene cara!

El autor espera que sus lectores —especialmente los jóvenes— encontrarán en sus libros la información necesaria para oponer a esas "metas" condenando la humanidad a un retroceso sin precedentes, la restauración de los órganos indispensables al verdadero progreso, basado en nuestras mejores tradiciones, en nuestros valores cristianos y nacionales.

INDICE DEL PRESENTE TOMO (I)

PRIMERA PARTE

LAS ETAPAS DEL CAPITALISMO: CONSTANTINOPLA, VENECIA, AMSTERDAM, LONDRES

CAPÍTULO V.—MIENTRAS ENRIQUE VIII JUEGA A LOS PONTIFICES Y ROMPE CON ROMA...

En conexión con Praga, John Wiclef siembra la revuelta religiosa en Inglaterra.—La guerra de las dos rosas diezma a la nobleza inglesa.—Los advenedizos Tudor, aliados de los comerciantes de la «City» y de los «innovadores» de Oxford.—Wolsey, corrompido y decepcionado, yergue a Enrique VIII contra Roma.—La coquetería de Ana Boleyn hace el resto.—El honesto Thomas More, sacrificado.—Agente de los judíos de Venecia y de Amberes, Thomas Cromwell conduce a Enrique VIII al divorcio y al patriarcado.—Cromwell engorda a la «Gentry» con los despojos de la Iglesia.—Su amo lo sacrifica a sus desórdenes matrimoniales.—Sangriento balance de su reinado.—Unos Regentes ávidos aplastan la revuelta popular.—Distensión hasta la boda de María Tudor con Felipe II.

CAPÍTULO VI.—LOS PONTIFICES JUEGAN A LOS REYES... Y ESCANDALIZAN A LA CRISTIANDAD.

La Iglesia es mujer: se apoya sobre el poder temporal.—Hildebrand y los normandos, instrumentos de los judíos Pierleoni contra el Emperador.—Un papa judío: Anacleto II.—Y una República en Roma.—Jerarquía y democracia frente a frente: Cluny y Citeaux.—Cruzadas y contactos esotéricos entre Templarios e Ismaelitas.—Fracaso de las pretensiones del «sinarca» Bonifacio VIII al Imperio.—Desórdenes del Sacro Colegio y de los Concilios.—¿Pontífices o Príncipes?—Papas humanistas.—Papas edificadores y malgastadores.—Papas roídos por las necesidades de sus familias.—Papas políticos más que pastores.—Defensores de la Cristiandad contra los turcos.—Pero «comidos» por los cardenales, sin fuerza contra la herejía.

CAPÍTULO VII.—ANIMADA POR LOS ROSA-CRUZ, LA REFORMA DIVIDE A LA «CATOLICIDAD».

La Iglesia, en lucha con los gnósticos, los maniqueos y los albigenses.—Condena a los albigenses, judaizados.—Infiltraciones de las sectas: Templarios, «Espirituales».—Un precursor: Roger Bacon.—Orígenes de los Rosa-Cruz: alquimistas y kabalistas.—El proceso de Juan Reuchlin o los preliminares de la Reforma.—Lutero, introducido en escena por los Rosa-Cruz.—Wiclef y el precedente «husita».—La campaña contra Roma conduce a una Iglesia colocada bajo la autoridad de los príncipes.—Inspirado inicialmente por el judaísmo, Lutero se vuelve contra él. Como había hecho Mahoma antes que él.—Francisco I en ayuda de los protestantes contra Carlos V.—La teocracia calvinista, dueña intolerante de Ginebra.—Un protestantismo internacional, complaciente para los hombres de negocios bendecidos por el Señor.

CAPÍTULO VIII.—LA REVUELTA DE LOS PAISES BAJOS: CONSTANTINOPLA, VENECIA, AMSTERDAM: TRES ETAPAS DEL ASCENSO DE LOS BANQUEROS INTERNACIONALES.

Amberes, centro cosmopolita de comercio.—Subversión anabaptista; revuelta de Gante; intrigas de los Grandes.—Guillermo de Orange encabeza la rebelión de los nobles.—Los «Mendigos» y la represión.—Unas «brigadas internacionales»: los «Mendigos de mar».—Antonio Pérez, desenmascarado.—La pacificación fracasa; retirada de las tropas españolas.—La «valonización» triunfa.—Amsterdam suplanta a Amberes.—Así nació el capitalismo moderno.—Una nueva Jerusalem.

CAPÍTULO IX.—LOS ROSA-CRUZ EN ACCION EN LAS REVOLUCIONES DE INGLATERRA.

Elisabeth y su equipo William Cecil y Walsingham.—La lucha por Escocia.—La eliminación de María Estuardo.—Elisabeth, Providencia de la Reforma.—Soberana del mar y de la trata de esclavos.—Thomas Gresham, padrino de un capitalismo «a la holandesa».—Barnaud, mensajero de los Rosa-Cruz.—Juan-Valentin Andreas: su teórico.—Los Rosa-Cruz salen de la sombra.—Paracelso, alquimista y renovador de la medicina.—Penetración en Inglaterra: Michel Maïer, R. Fludd, J. A. Komenski.—El camino abierto por Francis Bacon.—Elias Ashmole organiza las academias pre-masónicas.

CAPÍTULO X.—CROMWELL TRATA CON MANASSE BEN ISRAEL: LONDRES SE CONVIERTE EN EL TEMPLO DEL CAPITALISMO INTERNACIONAL.

La «City» y John Pym animan la revuelta parlamentaria.—Olivier «Cromwell», nuevo Ma-

cabeo.—Derrota y ejecución de Carlos I.—Dictadura implacable contra los irlandeses y los «Niveladores».—Por boca del Protector, Dios manifiesta su voluntad (!).—Un fracaso: la Unión del protestantismo en torno a Londres.—Un éxito: el regreso de los judíos a Inglaterra.—La alianza con Manasse ben Israel abre a la «City» los mercados del mundo.—Carlos II, restaurado con el dinero de Amsterdam.—Carlos II se defiende contra Shaftesbury y la reacción protestante.—Guillermo III de Orange triunfa sobre Jacobo II.—La colusión Marlborough-Salomon Medina.—La Banca restaura el Templo.—Impera la especulación.—Locke, teórico de un parlamentarismo oligárquico, intolerante y corrompido.—El «contrato» reemplaza a la legitimidad.

CAPÍTULO XI.—SERIE DE FRACASOS EN FRANCIA: «GRAN PROYECTO» DE ENRIQUE IV: MANEJOS ANTIESPAÑOLES DE RICHELIEU; LA FRONDA, REVOLUCION FALLIDA.

El «buen rey Enrique» trae la paz y la prosperidad.—...pero arrastra detrás de él las deudas del rey de Navarra.—Barnaud y Sully le arrastran al «gran proyecto» que provoca su muerte.—Aunque rodeado de intrigantes, Luis XIII mantiene la distensión.—Richelieu, nacionalista ambicioso, ¿«dirigido» por Fancan?—El «equilibrio», mediante la división de Alemania.—Una guerra desdichada.—Un déspota implacable.—Complaciente sólo con los enemigos de España.—Malas finanzas: Alonso López y Bullion.—Gondi fomenta la fronda contra Mazarino.—Condé y su inquietante entorno, levantan a los príncipes contra el rey.—Burdeos, reducto de la revolución fallida.

CAPÍTULO XII.—COALICIONES Y CRUZADA ORANGISTA CONTRA LUIS XIV.

El rey se atrae a los escritores.—Impone el orden y la justicia.—Mete en cintura a los especuladores.—Atrae de nuevo a la nobleza, a la Corte y al ejército.—Apoya a la Iglesia «galicana» contra jansenistas y protestantes.—Neutralizada Inglaterra, Luis XIV se engrandece en los Países Bajos y en Flandes.—Pero las «reuniones» preocupan a Europa.—La cruzada protestante se organiza.—La coalición orangista se reforma a propósito de España.—Aislado, Luis XIV resiste a la invasión.—Impone a Felipe V en Madrid.—Francia, financieramente agotada.—Arrendatarios y negociantes engordan. Samuel Bernard y los banqueros protestantes, todavía más.—Quiebra de la plaza de Lyon.—Desmaretz restablece la situación.

CAPÍTULO XIII.—LA CORRUPCION DE LA REGENCIA ENTREGA A FRANCIA Y A EUROPA A LAS INTRIGAS DE LAS SOCIEDADES SECRETAS.

Se enfrentan dos herederos: los duques de Maine y de Orleans.—Lord Stairs juega y gana. — Entente cordiale: Hannover-Orleans, Dubois-Stanhope. — Una Regencia al estilo inglés.—Corrupción y especulación: John Law y el Mississipi.—Triunfo del Dinero y de las sociedades secretas.

SEGUNDA PARTE

LA MASONERIA EXTIENDE SU REINO

CAPÍTULO XIV.—DESDE LONDRES, ISRAEL HABLA AL UNIVERSO: LA MASONERIA TEJE SU TELA DE ARAÑA.

La Francmasonería introducida por los ex-agentes franceses en Londres.—Las logias especulativas bajo control orangista.—Dotada de «Constituciones», la Francmasonería se multiplica.—...Propaganda del «Club del Entresuelo».—Montesquieu difunde las «ideas inglesas».—El «libertino» Voltaire, admirador interesado de Londres.—Especulador y amigo desafortunado de los judíos.—El desarrollo de las logias en Francia.—Ramsay propaga los altos grados.—...Primeros pasos de la Francmasonería alemana.—Hund y la «Estricta Observancia» templaria.—Brunswick le suplanta.—...El Gran Oriente unifica la Francmasonería en Francia.—En la hora de Independencia americana.—Las logias «de Antiguos» y Franklin inspiran a los insurgentes.

CAPÍTULO XIX.—NAPOLEON, RESTAURADOR DEL ESTADO, VENCIDO POR LA ALTA BANCA Y POR LA TRAICION DE LOS NANTIS.

Sieyès y el renacimiento masónico.—El ejército, árbitro de un equilibrio inestable.—La reacción jacobina, anulada por la apelación al sable.—Bonaparte, llamado de Egipto.—Talleyrand, Fouché y los banqueros preparan el golpe de Estado.—Gaudin restaura las Finanzas.—Bonaparte hace entrar en razón a los banqueros.—Funda el Banco de Francia.—Ni inflación ni empréstitos.—Ouvrard y sus tráficos.—Sièyes y su Constitución a lo Espinoza.—Fouché, defensor de la herencia jacobina.—Fouché, padrino, con Talleyrand, de su Imperio masónico.—Fouché se vuelve contra el Emperador, aliado de Viena.—La paz religiosa, comprometida por la ocupación de Roma.—Napoleón, hostil a los judíos explotadores.—Napoleón pretende controlar a los judíos por medio de su «Sanedrin».—Coalición contra la hegemonía francesa.—En Luneville, la frontera del Rin.—Problemas financieros de Londres.—Tráficos de Talleyrand.—Desastre de Trafalgar.—Austria, sacrificada a la unidad italiana.—Una Confederación del Rin, masónica.—La reacción prusiana, yugulada.—Falaz reconciliación con el Zar.—Dos legados de Talleyrand: el bloqueo continental y la guerra de España.—Una cuidadosa preparación masónica.—La revuelta contra José Bonaparte, animada por la Francmasonería inglesa.—La derrota de José, borrada por el Emperador.—Talleyrand, al servicio de la coalición.—Derrota de Austria.—Boda con María Luisa.—Metternich y el equilibrio.—Lucha feroz en España.—Fracaso de Soult y de Masséna.—Terquedad de Napoleón.—Inglaterra, salvada por el relajamiento del bloqueo.—Preparativos de Rusia.—Moscú, objetivo ilusorio.—Un abismo para el Gran Ejército.—Derrota y repliegue en España.—Levantamientos nacionalistas en Alemania.—Prusia vuelve a entrar en liza.—Fracaso de la mediación de Metternich.—Las naciones contra Francia: Leipzig.—Un callejón sin salida: la campaña de Francia.—Talleyrand gana al zar para la Restauración.—Los realistas conquistan el poder.

PRIMERA PARTE

LAS ETAPAS DEL CAPITALISMO: ISTAMBUL, VENECIA, AMSTERDAM, LONDRES

CAPITULO I

EN EL AMANECER DE LA ERA MODERNA

CUANDO LOS CAPITALES ESPAÑOLES EMIGRAN HACIA CONSTANTINOPLA

Para los historiadores, la caída de Bizancio y el descubrimiento de América marcan el principio de la era moderna. Pero otro acontecimiento contemporáneo, la expulsión de los moros y de los judíos de España, al provocar un éxodo enorme de capitales hacia Constantinopla, va a ejercer, detrás de bastidores, una influencia no menos decisiva para el futuro de la Humanidad.

* * *

La caída de Bizancio cierra la ruta de las especias

Cuando se desmoronó Bizancio en 1453, hacía un siglo ya que agonizaba.

Su excepcional posición en la confluencia de dos continentes fue causa de su fortuna, pero le obligó a enfrentarse a la vez en Europa y en Asia con sus adversarios. Así expuesto, era un milagro que el imperio griego haya sobrevivido un millar de años al desmoronamiento de su hermano de Occidente.

Amenazado en Europa, primero por los búlgaros, y en la mitad del siglo XIV, por los serbios de Esteban Duchan, como lo había sido en Asia por los persas y los árabes, no se encontraba en condición de resistir los ataques de los turcos osmanlis. Minado por peleas de clanes y por interminables debates sobre menudencias teológicas, tal era su debilidad que consideraba como una amenaza posible a su autoridad política, a su prosperidad comercial, o bien a su independencia religiosa, los mismos apoyos que recibía de Occidente.

Después de imponerse en Constantinopla, ¿no habían ocupado los latinos Grecia y Morea? Apenas acababan los mercenarios «almogávares» catalanes de relajar la presión turca en Asia Menor, cuando el emperador Miguel IX mandó degollar en un banquete a su jefe, Roger de Flor, que pretendía el título de César, en 1311.

Aliados pocos seguros, los venecianos eran peligrosos competidores en el Mediterráneo. El apoyo de los genoveses había sido pagado por la apertura, ruinosa, de un puerto franco en Galata. El comercio languidecía. Unas compañías francesas, italianas o españolas controlaban el tráfico internacional. El tesoro, en las últimas no podía cubrir los gastos necesarios para reconstruir la flota. Suprema humillación, durante una estancia en Venecia, el emperador Juan V había sido detenido como deudor incapaz de desinteresar a sus acreedores.

Como último recurso, quedaba la habitual llamada a la Cristiandad: la Cruzada. Después del fracaso en Nicopolis en 1396 de una expedición al mando del rey Sigismundo de Hungría, la derrota infligida a los turcos de Bayaceto en Angora (en 1404) por los mongoles de Tamerlan le valió a Constantinopla un respiro del cual se aprovechó Manuel II para buscar ayuda. Durante más de dos años recorrió los países occidentales, sin recibir más que buenas palabras.

Entretanto, alrededor de la metrópoli, prácticamente aislada de su imperio, el cerco se apretaba. Para conseguir el trono Juan Cantacuzene, proclamado co-emperador con Juan V Paleologo, llegó en su locura hasta el punto de introducir a los turcos en Europa, casando a su hija con uno de ellos. Fuertemente instalados en Gallípoli (1354), extendieron rápidamente su base de operación, sometiendo a los serbios y a los búlgaros. En 1430, se apoderaron de Tessalónica. Se cerraba el tornillo sobre la capital.

Entonces Juan VIII llamó al papa Eugenio IV y una última cruzada se puso en marcha desde el Danubio y los Balkanes, pero terminó con la derrota de Varna en 1444. En ella no habían participado las mayores potencias occidentales. Para incitarlas a un esfuerzo más serio hubiera sido necesario concluir una Unión entre las Iglesias. Lo entendían muy bien los últimos emperadores de la dinastía de los Paleologos, pero numerosos bizantinos preferían el yugo turco a una sumisión a Roma aborrecida. No existía más esperanza.

Empezó el bloqueo. Establecida a lo largo de la costa y en un fuerte bastión, edificado entre el 15 de abril y el 31 de agosto de 1452, una artillería turca, muy potente, bombardeó la ciudad. Como unos navíos genoveses, cargados de abastecimientos, consiguieron forzar el cerco de una flota otomana de 300 buques (más numerosos que eficaces) y unirse con los 26 navíos bizantinos al amparo de la Cuerna de Oro, Mehmet II, furioso, mandó llevar por tierra 72 galeotas para completar el cerco de la rada. En el tercer asalto, la débil guarnición, integrada por 6.000 milicianos griegos, apoyados por pequeños elementos de Génova y de Pisa —3.000 extranjeros en total—, sucumbió. Pisando los cuerpos del genovés Giustiniani, herido, y del emperador Constantino XI, muerto, 12.000 genízaros turcos y una multitud de auxiliares «bachi-bouzouks» invadieron la ciudad, saqueándola y matando a sus habitantes.

Era el 29 de mayo de 1453. Quedaba cortada la ruta de la seda y de las especias: lo hubieran podido proclamar los retóricos políticos de la época.

El dinero judío ayuda a Colón a abrir el paso hacia el Oeste

Interrumpido desde el siglo XI en el itinerario Constantinopla, Kiev, el Báltico, Flandes, el tráfico hacia el Oriente se reanudó luego, procediendo de Siria o de Alejandría, hacia Venecia y Génova, en dirección a Brujas, centro del comercio internacional de la época. En el siglo XIII se estableció otra corriente hacia Barcelona, mientras Venecia, vía Ausburgo y Nüremberg, a través de la Europa central, mantenía lazos con Lübeck en el Báltico.

Más tarde, las perturbaciones resultantes de la Guerra de los Cien Años desviaron el comercio de las ferias de Champaña. Entonces se hizo el tráfico preferentemente por vía marítima: Castilla, Portugal, Zelanda e Inglaterra (estas últimas en detrimento de la Hansa) incrementaron su flota y se aprovecharon ampliamente de la situación.

En estas circunstancias, el dominio turco sobre Constantinopla y el Mediterráneo amenazaba peligrosamente los intercambios entre Europa y el Oriente. Venecia, liberada de un competidor marítimo y comercial, consiguió mantener en sus manos (gracias a una convención con los turcos, concluida el 18 de abril de 1454, puesta en entredicho por un conflicto en 1464, pero confirmada el 25 de enero de 1479) la salida del tráfico de la seda, y disfrutó así de una prosperidad efímera.

Pero hacía falta imperativamente restablecer una ruta normal de intercambios, libre de la hipoteca musulmana. Entonces se empeñaron en buscar una hacia el Oeste los países más interesados y mejor situados, España y Portugal, disponiendo en Cádiz y Lisboa de los puertos, en la salida del Mediterráneo y frente al Atlántico, en posición de enlazar con las costas de Europa y de Africa, y disponiendo también de importantes capitales. Así Cristóbal Colón consiguió abrir a Occidente el nuevo mundo.

Se ha debatido mucho sobre su verdadera nacionalidad, aunque no sea la cuestión de interés primordial, pues que, genovés o mallorquín, fue España la que comanditó y dirigió sus expediciones. Pero lo que llama la atención, al estudiar más detenidamente los protagonistas de la empresa, es el papel excepcional cumplido por los medios conversos o judíos de la Península en el descubrimiento de esta futura Tierra Prometida (1).

---

(1) La hipótesis más probable (de Cecil Roth, Salvador de Madariaga, etc.) le considera como hijo de una familia judía establecida desde un siglo en Génova. Procedían de Mallorca, como antes los cartógrafos Cresques, Abraham y su hijo Yehuda (mestre Jacomé), traídos como íntimos consejeros suyos a Vila de Infante, cerca del puerto de Lagos, por don Enrique el Descubridor (nieto por su madre de Juan de Gand, duque de Lancaster). Esta opinión viene corroborada por los siguientes rasgos: 1) su perfil hebraico (en la única medalla auténtica que se conserva de él); 2) su apellido, Colombo en Italia, luego Colom en Portugal (cuando el rey João le negó su apoyo en 1484), Colomo y Colón (de 1480 a 1492) en España; 3) luego su idioma: nunca escribió en italiano, sino en castellano; 4) su mesianismo cosmográfico (las islas de la Mar, séptima parte del planeta), inspirado por Isaías (XI, II) y Esdras (IV, cap. 6, par. 42 y 47), y por el «Imago Mundi» del cardenal Jean d'Ailly; 5) su afán de privilegios exorbitantes: almirante del Mar Océano, virrey, ennoblecido, gobernador vitalicio de las Islas y de Tierra Firme, y 6) el apoyo de los marranos de la Corte.

Pero si Colón fue el promotor de la expedición, los que la realizaron fueron los hermanos Pinzón, navegadores y propietarios de dos de las tres carabelas, requisados para liberarse del pago de una multa.

Le suministraron sus instrumentos de navegación, pues el astrolabio náutico fue mejorado (en 1484) por José Vecinho, astrónomo y médico del rey Juan II de Portugal, el matemático Moses y dos de sus colegas cristianos, trabajando según las tablas del «Almanach perpetuum», de Abraham ben Samuel Zacuto, profesor de matemáticas y astrología en la Universidad de Salamanca. De origen judío también los que introdujeron a Colón en la Corte: el dominico Diego de Deza, arzobispo de Salamanca, el confesor de la reina, hermano Hernando de Talavera, y el chambelán del rey, Juan Cabrero. Y los que recogieron los fondos para la primera expedición: Luis de Santángel, descendiente de rabino, banquero y secretario del rey, tesorero de la Santa Hermandad, y Gabriel Sánchez, tesorero de Aragón que adelantó 17.000 florines). A estos protectores suyos, Colón, agradecido, dirigió sus primeras cartas (15 de febrero de 1493). Entre los 120 miembros de la tripulación cinco o seis eran marranos: el veedor Rodrigo Sánchez (de Segovia, aparentado a Gabriel), el cirujano Marco, el médico, mastre Bernal (que luego intrigó contra Colón), Alfonso de la «Calle», Rodrigo de Triana, el marinero que descubrió la «¡Tierra!» en San Salvador, y el intérprete (en hebreo, árabe...) Luis de Torres, que fue el primero en pisar el suelo, el 12 de octubre de 1492, fiesta de Hoshanna Rabba (Levinger, *A History of the Jews in the U. S.*, pp. 34 y 35). Por una coincidencia curiosa (subrayada en una carta de Colón a los reyes en su diario), el mismo secretario real Juan de Coloma (judío por su madre) firmó el 31 de marzo de 1492 el decreto de expulsión de los judíos de España, y el 17 de abril la «capitulación» (convención) con Colón, quien zarpó el 3 de agosto (el día siguiente de su éxodo final).

No es de extrañar la importancia de este papel, si se tiene en cuenta su influencia preponderante en las finanzas y el comercio exterior de los estados de la Península en esta época, como la de sus comunidades sobre sus gobiernos.

La preponderancia de los judíos subleva al pueblo

En Castilla, cuando en 1280 una asamblea judía se reunió en Huete, para sustituir por una contribución global la tasa de tres maravedís «per capita» a la que estaban sometidos, se evaluaba su población (según Graetz) en 850.000 jefes de familia (o sea cuatro a cinco millones de una población total de 25, al principio del siglo XIV, antes de la peste negra) y la cantidad pagada por ellos al tesoro en 2.780.000 maravedís.

Disfrutaban del favor del rey Alfonso XI (1325-1350), que llamó a José ibn Efraïm Benveniste Hallevi, de Ecija, como tesorero y consejero íntimo, y a Samuel ibn Wakar, como médico, astrólogo y astrónomo. En vano las Cortes de Valladolid (pidiendo que se observaran las ordenanzas de las de Zamora en 1312) protestaron en 1329 contra este estado de cosas. En 1339, uno de sus antiguos protegidos, siendo ministro, Gonzalo Martínez de Oviedo, después de volverse contra ellos pereció en la hoguera por haber intentado sublevar a la Orden de Alcántara (de la cual era G. M.) contra el rey. En 1348, las Ordenanzas de Alcántara, prohibiendo la usura y reduciendo las deudas, quedaron sin aplicar.

Bajo Pedro el Cruel empeoró la situación en tal forma que desembocó

en una guerra civil. Instaurado en la edad de quince años, el jóven rey (2) cayó pronto bajo la influencia exclusiva de Samuel ben Meir Ha-Levy, que nombró su tesorero y primer ministro, y de Abraham ibn Zarçal, su médico y astrólogo. Convocaron un congreso judío en Toledo e incitaron al soberano a lanzarse, a través del Africa del Norte, a la conquista de Jerusalem. Considerándose ya como el jefe incontestado del Judaísmo, Samuel pagó de su bolsillo la edificación de una sinagoga (la del Tránsito) en Toledo. Pero luego, denunciado por uno de sus correligionarios y acusado de robar el tesoro real, pereció torturado y se descubrió que su fortuna constaba de 230.000 doblones, 4.000 marcos de plata, 125 cajas de preciosos tejidos, oro escondido y 150 esclavos (1360).

Verdaderos amos del reino de Castilla («vivían tantos judíos en la Corte de don Pedro —escribe Graetz—, que sus detractores la calificaban de Corte judía»), los judíos hacían gala de un lujo escandaloso: «edifican palacios, salen en suntuosas carrozas, cubren a sus esposas y a sus hijas de oro, perlas y piedras preciosas», escribe Salomon Alami en su *Espejo moral*. Encabezada por un alcalde o «juez», su comunidad disfrutaba de un régimen judicial especial. En Castilla, como en Aragón, Valencia y en Cataluña, tenían derecho de Alta Justicia «salvo sanción del juicio por el rey, que siempre se obtenía, sea a través de un cortesano judío, sea por dinero».

Desgraciadamente reinaban por el terror: envenenaron al tutor del rey, don Juan de Alburquerque, mandaron asesinar al arzobispo y al decano de Santiago, al abad maestre de San Bernardo, escaldar a un clérigo de Santo Domingo de la Calzada y a otro en Miranda de Ebro (fue «asado» un compañero suyo), desterrar a los obispos de Calahorra y de Lugo. En contra de tantas atrocidades, la reina madre, doña María de Portugal, Enrique de Trastamare y sus medio-hermanos (bastardos de Leonor de Guzmán) apoyados por unos 7.000 caballeros concentrados en Medina del Campo, reaccionaron tendiendo una trampa al rey y a sus consejeros en Toro, se apoderaron de ellos (que escaparon luego de sus celdas a precio de dinero) y provocaron un «pogrom» que hizo un millar de víctimas en Toledo (1355).

Sin embargo, cuando Pedro, enamorado de María de Padilla (bien vista por sus amigos), abandonó a su esposa Blanca de Borbón (hermana de la reina de Francia, casada con él el 3 de junio de 1353), la mandó encarcelar en Sidueña (en mayo de 1359) y ahorcar en su celda (en 1361) porque pretendía limpiar su entorno, el papa Urbano V se conmovió, excomulgó al tirano y ofreció la corona a Enrique de Trastamare, proclamado rey el 16 de marzo de 1366, con el apoyo de Francia, de Aragón y de Navarra. Con la ayuda de las «compañías» de Beltran du Guesclin, Enrique expulsó a Pedro de Burgos, Toledo y Córdoba (en mayo de 1366). Entonces sus amigos, al darse cuenta de que había perdido la partida, le abandonaron y negociaron con Enrique la capitulación de Sevilla, pero él consiguió escapar, gracias a una querida suya, judía, que le advirtió a tiempo. Refugiado en Portugal, y luego en la Guyena (inglesa), tomó otra vez las armas, con el apoyo del príncipe «negro» y del rey moro de Granada, y derrotó a sus adversarios en

(2) Como se sospechaba, podría ser un niño judío sustituido a una infanta, la cual se casó después con un judío, y dio a luz al rabino Salomon Ha-Levi, más tarde convertido bajo el nombre de Pablo de Sa María... y arzobispo de Burgos.

Nájera (el 13 de abril de 1367), pero, abandonado en agosto por sus mercenarios ingleses que no habían cobrado su sueldo, fue vencido en Montiel (el 14 de marzo de 1369) y pereció el 22.

Entonces los judíos probablemente ¿perdieron toda influencia sobre el nuevo monarca? Pues no. Si las Cortes de Toro les obligaron a llevar la rebanada (1371), unos se mantuvieron en la Corte, como Samuel Abrabanel, almojarife o tesorero, y José Pichón, de Sevilla. Este último, después de ser sentenciado por Enrique a pagar una multa de 40.000 doblones por malversación, vino a ser condenado por los rabinos y ejecutado, sin la autorización del nuevo rey Juan I, en 1379. Pero el soberano reaccionó en seguida, condenó a los rabinos y les despojó de su jurisdicción penal.

Sin embargo, hasta el advenimiento de la reina Isabel, continuaron disfrutando del favor de los soberanos. Con excepción del corto período, siguiendo la muerte de Enrique III en 1406, durante el cual la regente Caterina de Lancaster (a iniciativa de un renegado, Pablo Sa María [o Salomon Levi de Burgos]) puso de nuevo en vigor las restricciones antaño impuestas por el rey Alfonso X el Sabio al estatuto de los judíos. Pero se encuentran otra vez en la Corte, después de la mayoría de Juan II: Abraham Benveniste, gran rabino y juez supremo, José ibn Schem Tob y José Nassi, encargados de la gestión de las finanzas. Enrique IV, príncipe impotente y depravado (1457-1474), llama a Jacob ibn Nunes, gran rabino como médico, y como consejeros a unos descendientes de judíos, Juan Pacheco, marqués de Villena, su hermano don Pedro Girón (futuro G. M. de Calatrava) y Diego Arias de Avila.

En el reino de Aragón —con excepción de Navarra, sometida a un régimen francés mucho más estricto— los reyes llevaban hacia ellos una actitud tan favorable como en Castilla. Fue el caso de Pedro III, de Alfonso III (que ayudaron con fuertes préstamos en sus luchas contra los varones de la Unión) y de Pedro IV. Fueron consejeros (como Hasdai ben Abraham Crescas bajo Juan I), médicos, tesoreros, astrólogos y, a veces, bayles o secretarios de la administración local. Ahora bien, las instituciones aragonesas tenían un carácter muy liberal. Desde 1064, en Cataluña (según Graetz), los delegados de las ciudades ocupaban escaño en las asambleas, lo que pone en duda los títulos de Inglaterra como madre del régimen representativo o parlamentario. Entre el rey y los varones de Aragón se mantenía un equilibrio muy precario. Entonces surgió la idea de crear entre ellos un árbitro: el «Justicia mayor» o Juez supremo (1265). ¿No fue esta institución original, probablemente de inspiración hebraica, la que sirvió de modelo a la futura Corte suprema —colegial— de los Estados Unidos?

En cuanto a Portugal, los judíos formaban allí un verdadero Estado dentro del Estado. Encabezaba su comunidad nacional un gran rabino —ar rabi mor— designado por el rey: administraba justicia, promulgaba ordenanzas, disponía de un sello. Le seguían en sus desplazamientos un juez —ouvidor—, un canciller, un secretario y un ejecutor (como un lictor). Y tenía siete lugartenientes en cada uno de los distritos del país. El rey Fernando (1367-1383) tenía cantidad de judíos en su entorno, como su consejero y confidente David Negro y su tesorero don Juda. Al fin del siglo XIV, el rey

Juan I tomó bajo su protección a los refugiados de España, cuando se produjeron allí alborotos y matanzas.

Pues, si los soberanos les protegían, el pueblo que explotaban les odiaba y se enfrentaban a las denuncias de los renegados y a los esfuerzos de los misioneros y predicadores para convertirles. Al principio del siglo XIV, en Aragón, el dominico Ramón de Peñaforte había alentado mucho el estudio del árabe y del hebreo. Siguiendo sus consejos Ramón Martín (que entendía este idioma mejor que San Jerónimo) despojó la literatura bíblica y rabínica, tratando de descubrir en ella el anuncio de la misión de Jesús en los textos dedicados a la llegada del Mesía. Publicó sus conclusiones en dos libros con títulos vengadores: *Capistrum Judaeorum* (el bozal de los judíos) y *Pugio Fidei* (el puñal de la Fe).

Pronto su situación empeoró peligrosamente. Los disturbios sociales que acompañaron la crisis económica casi general del final del siglo XIV se produjeron en España, como en la mayor parte de Europa, con su cortejo de alborotos, de saqueos y de matanzas de judíos. En Sevilla, la multitud encolerizada por un archidiácono, Ferrán Martínez, se abalanzó sobre la comunidad judía (que contaba entonces 7.000 hogares) (1.391). Luego se extendieron los motines a Córdoba, Toledo, Valencia (cuya comunidad de 5.000 miembros no se manifestó más) y a Barcelona (donde perecieron varios centenares y otros 11.000 pidieron ser bautizados), a Lérida y a Gerona. Mientras en Aragón y Portugal la estricta vigilancia de los soberanos impidió los disturbios.

Entonces San Vicente Ferrer se empeñó en convertir a los judíos y a los musulmanes de la Península. Alentado por el papa Benedicto XII de Avignon y por la regente Caterina de Lancaster, predicando en las sinagogas y en las mezquitas, organizando coloquios para discutir del Mesía y del Talmud, entre 1412 y 1415, Vicente Ferrer consiguió convertir a más de 20.000 judíos de Castilla y de Aragón. Pero ¿qué valían estas conversiones, muchas veces obtenidas por el temor o el interés material? O bien los renegados o marranos luchaban contra sus excorreligionarios con el ardor de neófitos (como Pablo de Sa María, recomendado por Benedicto XIII al rey Enrique III, o Jerónimo de Sa Fe, médico del mismo papa); o bien jugando un doble juego, llegaban a las mayores dignidades de la Iglesia y del Estado, manteniendo en su corazón los lazos de solidaridad que les unían a sus hermanos de origen. Así podían ocupar puestos de responsabilidad en las Cortes o en el Consejo de Estado o numerosas sedes episcopales, aunque muy sospechosos.

Su influencia era tal que fue necesario el apoyo de dos de ellos, Pedro de la Caballería y sobre todo Abraham Senior, para que Isabel la Católica consiga casarse, a pesar de la oposición de su hermano Enrique IV, con el infante de Aragón, Ferdinando (cuya bisabuela era, por paréntesis, una judía, Paloma, seducida por Federico Enríquez, almirante de Castilla). Abraham Senior administraba las finanzas del Estado, asociado con Isaac Abrabanel (expulsado de Lisboa después de la desgracia del duque Fernando de Braganza, después de la entronización del rey Juan II (en 1483). En su campaña contra los moros de Granada, los subsidios de Abraham habían proporcionado a los soberanos una ayuda decisiva.

La Inquisición castiga a los falsos conversos; los judíos son expulsados

Pero los Reyes Católicos no ignoraban el peligro de tan grande influencia de los marranos en el Estado como en la Iglesia, cuando sucedieron a Enrique IV el 12 de diciembre de 1474. Unos incidentes entre cristianos y conversos se habían producido en Toledo (el 21 de julio de 1467), en Córdoba (el 14 de marzo de 1472) y en Segovia (el 16 de mayo de 1474). Durante una estancia de Isabel en Sevilla en julio de 1477, el dominico Alonso de Ojada le pidió instituir la Inquisición, no tanto para perseguir a los judíos declarados, sino más bien para descubrir a los falsos conversos, a veces disimulados bajo la sotana de los sacerdotes o de los obispos. Pues entonces, de una población total de 20 millones de habitantes España contaba con 200.000 judíos fieles de la sinagoga y tres millones de marranos. El obispo de Cádiz fue encargado de informar sobre la cuestión. Sixto IV acordó su autorización el 1 de noviembre de 1478, pero no la utilizó Isabel hasta el 26 de septiembre de 1480. Entretanto los turcos se habían apoderado de Otranto (el 11 de agosto de 1480). Atacaban Rodas. La amenaza otomana se hacía sentir sobre todo el Mediterráneo. El reino de Granada ofrecía al sultán una cabeza de puente ideal. A la necesidad interna se añadía el peligro exterior. Había tocado la hora de actuar.

Fue en Sevilla donde la Inquisición empezó a funcionar. Se produjeron 15.000 detenciones y se decretó la expulsión de los judíos de las diócesis de Sevilla y Córdoba en 1482. Los conversos replicaron con unas conjuraciones, reprimidas por unas ejecuciones: la de Diego de Susan (que poseía una fortuna de 10 millones de maravedís) y de sus cómplices, que fomentaban un alboroto en Sevilla (en febrero de 1481) y la de seis conspiradores en Toledo en 1485. Al recibir protestas (el obispo de Segovia, Arias de Avila, hijo de judíos, había buscado refugio cerca de él) el papa Sixto IV se negó a extender la Inquisición a Aragón y exigió que se reforme la de Castilla. Así fue nombrado el dominico Tomás de Torquemada, de sesenta y tres años y de espíritu ponderado, inquisidor general en octubre de 1483, y Sixto IV autorizó la actuación del Santo Oficio en Aragón. En esta provincia, dominada por una plutocracia de conversos, la reacción fue tan viva que se asesinó a uno de los inquisidores, Pedro Arbues (el 14 de septiembre de 1485). La represión fue dura: 300 ejecuciones. Pero, aunque haya participado en el complot, se le perdonó la vida al banquero Luis de Santángel, uno de los comanditarios de Colón, reconociendo sus servicios.

El balance de la Inquisición, durante los trece años que Torquemada dirigió los once tribunales del Santo Oficio —prácticamente hacia el final del reinado de Isabel la Católica— se saldó con las siguientes cifras: 100.000 pleitos, 17.000 sentencias al destierro, 2.000 a muerte. Lo que no da prueba de una severidad excesiva, en una época que no conocía la tolerancia, pues los pleitos de brujería causaron 30.000 víctimas en Inglaterra y 100.000 en Alemania. Al activo de la Inquisición, se debe reconocer que ahorró a España los horrores de las guerras de religión y mantuvo la unidad espiritual del país, sin comprometer ni su desarrollo cultural, ni su equilibrio financiero y económico, pues el siglo siguiente pasó a la historia como un siglo de oro.

Aunque sea un converso, el sucesor de Torquemada, el dominico Diego

de Deza, arzobispo de Sevilla, tuvo la mano más dura. La conquista de Granada, donde muchos irreductibles habían encontrado refugio, dejó a los Reyes Católicos enfrentados con un problema de asimilación muy difícil de resolver, tanto para los judíos como para los musulmanes. Boabdil capituló el 25 de noviembre de 1491. Pocos días antes, el 16 de noviembre, en Avila, dos judíos y tres conversos, inculpados por la muerte de un niño cristiano, habían sido ejecutados. Entonces se adelantaron los decretos de expulsión. El 31 de marzo de 1492, el edicto de la Alhambra fijó un plazo de cuatro meses para que los judíos se convirtieran o abandonaran el país. Los soberanos no se dejaron ablandar, ni por la oferta al rey de 300.000 ducados por Isaac Abrabanel, ni por las gestiones de Abraham Senior cerca de la reina.

Cinco meses más tarde Cristóbal Colón desembarcó en el litoral del nuevo mundo (el 12 de octubre de 1492). De manera que se pudo decir que su primera expedición fue financiada por los judíos de España, y la segunda (desde octubre de 1493 a la primavera de 1496) con los fondos a ellos confiscados.

Portugal les ofrece un asilo precario

Unos 50.000 se bautizaron: entre ellos Abraham Senior, cuya familia, bajo el nombre de Coronel, asumió luego importantes cargos. Pero numerosos marranos, acosados por los crecientes rigores de la Inquisición durante el reinado de Felipe II, emigraron en el curso y sobre todo al final del siglo XVI. En cuanto a los otros, los 200.000 ó 300.000 no convertidos, buscaron un refugio provisional o permanente, más allá de las fronteras. Pero les estaban cerrados los principales estados de Occidente: Inglaterra les había expulsado en 1290; Francia, donde habían sido acosados durante todo el siglo XIV, siguió su ejemplo el 17 de septiembre de 1394; como luego muchas ciudades alemanas: Colonia (1424-25), Ausburgo (1439-40), Estrasburgo (1438), Erfürt (1458) y más tarde Nüremberg (1498-99) y Rastisbona (1519).

Navarra ofreció a 12.000 un refugio precario, pues el rey Ferdinando de Aragón les presionó para que vuelvan a tomar el camino. En Francia sólo les quedaban abiertos los estados pontificales (Aviñon y el Condado Venaissin) y la Provenza. En Italia, Génova les recibió muy mal pero les acogieron Pisa, Roma (donde les admitió el papa Alejandro VI Borja, a pesar de la oposición de sus correligionarios) y sobre todo Nápoles, donde Ferdinando I recibió a Abrabanel (antes que se marchara a Venecia).

En Africa del Norte, ya se habían establecido en Fez y en Argel unos judíos de Andalucía, escapando de los motines de final del siglo XIV. Unos 20.000 buscaron refugio ahora en Marruecos y otros 10.000 en Argelia. La comunidad de Fez será integrada por 5.000 familias; un español, Simón Durán, encabezaba la de Argel. Otros se marcharon a Tripolitania o a Egipto.

Pero los dos más importantes grupos del éxodo se dirigieron hacia Portugal y Turquía (95.000 cada uno). Más enérgico con ellos que su predecesor Alfonso V, el rey Juan II de Portugal, muy dedicado a las grandes empresas marítimas, apreciaba sus conocimientos matemáticos y astronómicos: mandó

a unos a Asia, para descubrir el país del «preste Juan». Sin embargo les impuso una tasa de entrada y limitó su estancia a ocho meses. Y como entretanto se declaró la peste, fueron expulsados, bajo la amenaza de ser vendidos como esclavos. Su primo Emanuel, que le sucedió en octubre de 1495, daba muestras de tendencias más liberales; retuvo cerca de él a Abraham Zacuto antes que se marche a Túnez y Turquía. Pero su matrimonio con la infanta Isabel de España le incitó a alinear su política con la de los Reyes Católicos. El 24 de diciembre de 1496 promulgó un decreto de expulsión de los judíos, dándoles un plazo de tres meses para abandonar el país a través de tres puertos, Lisboa, Oporto y Setúbal. Pero sólo les fue abierto el primero, y, entre los que allí se amontonaron, se obligó a 20.000 a bautizarse. El año siguiente intervino un edicto de tolerancia, protegiéndoles durante veinte años contra la acusación de seguir practicando sus antiguos ritos. Pero los refugiados de España abandonaron el país en agosto de 1497.

Ahora bien, Portugal siguió siendo uno de los centros de la actividad financiera, económica y marítima de los marranos. Durante los reinados de Juan II y de Emanuel el Afortunado (1493-1521), el régimen económico prevaleciente era el de monopolio. La trata de los negros de Guinea, que recluta entre 10.000 y 12.000 esclavos al año, era dirigida por una administración pública. Monopolio también, la Casa de India, creada en 1502, para el negocio de ultramar. Y también el arrendamiento de las especias, tráfico cuyo centro mundial es Lisboa, donde se cambian los paños de Flandes y los tejidos de lujo italianos contra los productos coloniales.

Existe un intensivo movimiento comercial entre Lisboa, Venecia y Amberes. Controlando el negocio de la seda, Venecia importa de Asia a final del siglo XV mercancías por un valor de 10 millones de ducados. Allí se establecerá finalmente, después de una corta estancia en Nápoles, el financiero español Isaac Abrabanel, el ex-tesorero de Isabel la Católica, y dos de sus hijos en Génova y Salónica. El jefe de familia, antes de morir en 1509, sabrá ganar influencia sobre varios senadores de la ciudad de los duces.

Desde Lisboa se exportan especias a Amberes por un valor de 200.000 a 300.000 ducados al año (trayendo un beneficio de entre 100 y 200 por 100). En total, los intercambios entre Portugal y la gran plaza belga alcanzan las cifras de 1.300.000 ducados de exportaciones y 1.800.000 de importaciones. Tan importantes lazos de intereses explican el porqué de la preferencia de los marranos para Amberes y los Países Bajos, cuando huyeron de los rigores de la Inquisición.

Bajo el reinado de Juan III (1522-1557), casado con una infanta española, Caterina, se iniciaron gestiones para la extensión de los tribunales del Santo Oficio a Portugal. No fue fácil obtenerla. Un emisario real, Enrique Núñez, mandado cerca de Carlos V, no pasó de Badajoz, pues le mataron unos marranos disfrazados de franciscanos. A pesar de la oposición de varios cardenales (Egidio de Viterba, Jerónimo de Ghinucci, Campeggio, etc.), el papa Clemente VII autorizó en 1531 la introducción de la Inquisición. Pero, de espíritu liberal, anuló su decisión tres años más tarde, después de una intervención de Duarte de Paz, comendador de O Ordem do Cristo, heredero de la Orden templaria en Portugal.

Unos meses más tarde, bajo el pontificado de Pablo III (1534-1549), los medios contantes y sonantes de que disponía Duarte produjeron maravillas. Se decía por otra parte que el nuevo papa reservaba sus favores a los judíos con preferencia a los cristianos. Cuando el cardenal Pucci (previamente gratificado con una pensión por Duarte) le propuso liberar a los 1.200 marranos portugueses detenidos, el pontífice se apresuró a aceptar. Fue necesario todo el peso de una intervención de Carlos V y la provocación de un marrano de Lisboa, que fijó un libelo contra Cristo en la puerta de la catedral, para introducir la Inquisición en Portugal. Pero la anexión del país por España bajo Felipe II (en 1580) precipitó la emigración de los marranos portugueses hacia Amsterdam, Hamburgo y luego Londres.

...y Turquía les ofrece un paraíso

El grupo de refugiados de la misma importancia (95.000) que se dirigió a Turquía y a los países del Islam no conoció tantas vicisitudes.

La comunidad judía de Constantinopla había recibido la caída del Imperio de Oriente como una bendición del Señor. En un centro de negocios en el cual proliferaban griegos, sirios (fenicios) y armenios, sus oportunidades eran limitadas y la competición tremenda. Siempre el Imperio les consideró como sospechosos. Porque coaligados con los «azules» y el general Bonose, mataron 10.000 cristianos en Antioquía e hicieron perecer al patriarca Anastasio en septiembre de 610. Porque, después de la ocupación de Jerusalem por los persas en 614, participaron en la matanza de los cristianos de la Ciudad Santa. Porque en el momento de la invasión siria por los árabes, les proporcionaron información, traficaron con ellos de esclavos y de botín, y a veces lucharon con ellos. Al aprender sus desmanes, el emperador Heraclio los obligó a bautizarse o abandonar el país en 634.

En Occidente, los soberanos no actuaban de otra manera: Dagoberto, rey de los francos, en 629, como los reyes visigodos de España, Sisenando, en 633, Chintila, en 638, y sobre todo Wamba, en 681. En 694, el 17.º concilio de Toledo confirmaba y endurecía esta legislación, y denunciaba la conspiración de los judíos de la península con sus correligionarios de la Tingitana (la provincia africana de Tánger) para introducir el Islam en España. Abierto a sus pérfidos consejos, el rey liberal Witiza (entronizado en 702), al desmantelar las ciudades, facilita su empresa. Pero como la nobleza y el pueblo se levantan contra él (709), le abandonan. Al principio de 710 el judío Eudon se apodera de él, luego le mata y le sustituye por un conde hispano-romano, Rodrigo (hijo de Teodofredo, rival de Witiza, cegado por orden de su padre Egica), mal considerado por los visigodos, que le confía el puesto de «jefe de los notarios» o ministro de Estado. Entonces toma forma el complot. Mientras se aleja buena parte del ejército en una campaña contra los vascos, y se confía el mando del resto a Sisberto y al obispo Oppas (hermanos de Witiza), el conde Julián, de Ceuta (de origen bereber), abre el paso al lugarteniente de Mussa, Tarik ben Ziyad (descendiente judío de la «Kahena», convertido al Islam) y a 4.000 guerreros bereberes. Reforzado hasta 25.000 hombres, el ejército musulmán se enfrenta en Guadalete, cerca de Jerez, con un ejército cristiano dos veces más numeroso.

Pero, en el segundo día de la lucha (21 de julio de 711), el obispo Oppas y los nobles visigodos vuelven sus armas contra Rodrigo y le aplastan. Dejando las ciudades en manos de guarniciones judías, los invasores llegan a Toledo, cuyas puertas les abren sus aliados para Ramos de 712. Y como los senadores huyeron a Amaya, en los montes cantábricos, queda vacante el poder... y lo ocupan (3).

Ahora bien, volviendo a Bizancio, ¿no habían sido (según Theophanes y San Esteban el joven) los reales instigadores de la querella de las «Imágenes», que provocó el cisma entre las Iglesias de Oriente y de Occidente? En 717, el emperador León III el isauriano salvó Constantinopla, asediada por los árabes por segunda vez (había sido rechazado un primer ataque en 673). En 722, este «basileo» restableció el edicto de Heraclio contra los judíos. Entonces un renegado sirio, llamado Beser (amigo de un judío de Tiberíades que instigó al jalifa Yezid a mandar destruir las «imágenes» en 723), le alentó a seguir este ejemplo. Al principio de 727, León III mandó destruir el icono de Chalcé de la puerta de bronce del palacio sagrado, e inspirándose en las prohibiciones del Antiguo Testamento contra los ídolos (Exodo, XX, 4, 5), evocando a Ezechias, arrancando del Templo la serpiente de bronce, obtuvo la prohibición de las «imágenes», primero por el Senado (el 17 de enero de 730) y luego por el concilio. Unico «basileo» en 740, Constantino V, un sectario de tendencias heterodoxas, monofisitas, invocó las decisiones del concilio de Hieria (en 754) para perseguir a sus adversarios, y especialmente a los monjes del Stoudion. La lucha iconoclasta, interrumpida, después de la muerte de León el Jazar en 780 por la emperatriz Irena, se reanudó bajo el reinado de León el armenio (entre 815 y 842).

Considerados como responsables de estas divisiones y disturbios, en Bizancio los judíos eran tan mal vistos por los emperadores como por el pueblo. Sin embargo, cerca de 2.000 familias judías vivían en Constantinopla y otras en Salónica y Teba (donde trabajaban la seda y la púrpura), sometidas a pesados impuestos y sin acceso a funciones públicas.

Cerca de ellos, la actitud de los turcos era completamente distinta. Médico personal del sultán Murad II en Andrinópolis, uno de sus correligionarios de origen italiano, Jacobo de Gaëta (nacido en Italia entre 1425 y 1430), gozaba de la entera confianza del conquistador Mehmet II, del cual fue consejero íntimo durante treinta años. En el cerco de Bizancio, el fiel Jacobo, que le ayudó él mismo en la edificación de su fortaleza dominando el Bósforo, reclutó en Italia los técnicos que necesitaba: Cirineo de Ancona, experto en planes y fortificaciones, fundidores de cañones, como un tal Urbano (de Transilvania), Jörg de Nüremberg y otros alemanes e italianos. La pieza gigante y las otras bocas de fuego martilleando la ciudad, eran obra suya, como más tarde (en julio de 1456), las 27 gruesas piezas, los siete morteros y los otros 300 cañones que destruyeron Belgrado.

Por eso, del saqueo de Bizancio, la comunidad judía del barrio de Balat fue prácticamente la única que escapó. En adelante su representante oficial

(3) Se leerá con provecho, en el libro de Maurice Pinay *Complot contra la Iglesia*, la narración detallada de esta maquinación.

o «Kahiya» (Moïses Capsali, gran rabino formado en escuelas alemanas) fue admitido en el «Divan», con precedencia sobre el patriarca griego. Del sultán, los judíos obtuvieron el derecho de nombrar a sus rabinos y de repartir sus propias tasas. Un verdadero paraíso se abría para ellos. En una carta circular, dirigida en 1454 a sus correligionarios de Renania, de Suabia, de Estiria, de Moravia y de Hungría, Isaac Sarfati (procedente de Francia pero de origen alemán) elogiaba sus delicias. Fueron muchos los que respondieron a su llamada (antes de la llegada de los refugiados de España). De manera que la comunidad de Istambul no tardó en contar 30.000 miembros, la de Salónica se triplicó y otras se establecieron en Tebas, Patras y Negroponto, en Grecia y en Amasia, Brusa, en Asia Menor.

Ahora bien, Jacobo de Gaëta, ya recompensado en 1452 por una exención general de impuestos actuales y futuros para él y para su familia, no cesaba de ganar nuevos favores de Mehmet. Como médico personal, le acompañaba por todas partes. Nombrado «defterdou», es decir, chambelán y tesorero, recibió los títulos de bajá y luego de visir. Mehmet le consultaba sobre las finanzas, sus proyectos económicos, sus empresas comerciales. De manera que este astuto «maitre Jacques» se servía de su crédito para obtener unos jugosos arrendamientos en favor de sus correligionarios, las salinas de Enos, por ejemplo, que llevaban 90.000 ducados al año al tesoro otomano. También, con la caída de Bizancio, el comercio de los eunucos y de los esclavos —casi un monopolio para ellos— se había recobrado muchísimo.

De los 50.000 habitantes que permanecieron en la ciudad, a excepción de pocas colonias cristianas, florentinos en Pera, genoveses en Galata, unos pocos venecianos, los únicos elementos griegos que escaparon de la matanza y de la esclavitud, fueron los que dieron prendas al enemigo por su oposición a la unión con Roma, tal como el nuevo patriarca, el monje Gennadios. Algunos pagaron cara su falta de vergüenza: por ejemplo, el gran almirante y «megaduc» Lucas Notaras, que, a pesar de preferir el turbante turco a la mitra romana, no salvó su cabeza, pues le fue cortada, lo que puso fin a sus escrúpulos en materia de sombreros.

Mientras participaban más y más en los negocios del Imperio otomano, los correligionarios de Jacobo prestaban en todas las esferas un apoyo creciente a la potencia turca. Mientras, en los estandartes del Islam, desde la caída Bizancio, se levantaba al lado de la luna creciente una estrella simbólica, la flota turca nacía de las ondas.

Esta repentina vocación de los otomanos para la mar no tardó en despertar la curiosidad de los historiadores. Para uno de los biógrafos de Mehmet II, Babinger «se llega a pensar que una influencia extranjera debió ayudar a la creación y perfeccionamiento de la flota de guerra otomana». Durante el cerco de Bizancio, su insuficiencia había sido lo bastante demostrada. Nadie puede dudar de que en este caso, también, su fiel Jacobo prestó al sultán el precioso apoyo de sus avisos y de sus numerosas relaciones. Construida según los modelos bizantinos, la flota turca (que no será perfeccionada antes del reinado de Solimán el Magnífico) se compone en 1455 de 25 trirremes, 50 birremes, un centenar de pequeños navíos; en 1464 el número de trirremes subió a 45; se han edificado un puerto en Istambul (en 1462-63)

y una base en Gallípoli (en 1469) para las galeras; unos judíos, griegos y algunos turcos integran las tripulaciones; los combatientes son unos «azab» (libertos, los rivales de los genízaros); el almirante (en 1465) es un renegado español o catalán, Younous bajá, pero en 1469 es un gran-visir, Mahmud bajá. En 1480, son dos las escuadras turcas en el mar: mientras una se apodera de Otranto, la otra fracasa contra Rodas.

En materia diplomática, no fue menor la actividad de Yacub bajá. Entreteniendo continuas relaciones con el «baile» el representante de Venecia y utilizando la «Puerta» y la «Serenissima República» a unos judíos como intermediarios en sus difíciles transacciones. Son tan estrechas sus relaciones, que un refugiado florentino, Lando degli Albizzi, concluye con Yacub en 1471 una convención en buena forma... para envenenar al sultán. ¿Acaso tuvo escrúpulos? Pues Mehmet II no murió, ni en mayo de 1472, ni en 1475, cuando otro de sus médicos judíos había sido contratado para la misma misión. Pero fue envenenado, el 4 de mayo de 1481, por un médico persa, a instigación de su hijo Bayaceto, tan devoto y amigo de los derviches, como su padre era escéptico en materia de religión. Yacub no pudo salvar a su amo, ni tampoco ocultar su muerte bastante tiempo como para permitir a su otro hijo, Djem, ocupar el trono. Fatal contratiempo. Duramente atacado por Achik bajá zadé y sus derviches, cayó, en compañía del gran visir, bajo los golpes de los genízaros, estos pretorianos del Islam, que proclamaron a Bayaceto, mientras Djem huía a Italia. Por una curiosa pero justa vuelta del Destino, el nuevo sultán conoció (el 26 de mayo de 1512) de mano de su médico judío y de su hijo Selim I, la misma muerte que había reservado a su padre.

La preeminencia de los judíos sobre el Imperio turco estaba ya sólidamente establecida cuando llegaron los primeros refugiados de España. La expansión otomana en el Mediterráneo oriental fue obra de Selim. Después de vencer a los mamelucos en Alepo en 1517, extendió su autoridad a Siria, Palestina y Egipto. Los judíos, que habían denunciado a la «Puerta» las conspiraciones de los mamelucos, se beneficiaron de la expansión turca. Abraham de Castro se encargó de acuñar las nuevas monedas egipcias. Un refugiado español, David ibn Azi Zimra, acogido en el Cairo por el príncipe, naguid o reis, Isaac Schalal, encabezó la colonia, mientras se reconstituía la comunidad de Jerusalén y un grupo importante se establecía en Damasco. Bajo los sultanes Bayaceto II, Selim I y Solimán, la influencia de los judíos no cesó de aumentar. Sus médicos formados en Salamanca, José Hamon y su hijo, gozaban del favor de Selim I y de Solimán. Su preponderancia en el comercio al por mayor y al por menor se afirmó pronto, pues disponían de grandes medios.

Los «sefardim» en hebreo, de «sefarda» España, formaban entonces una verdadera aristocracia, contando en sus filas a descendientes directos de David. Durante la Edad Media, mantuvieron el contacto con la Antigüedad grecolatina y también con el Oriente, de manera que pudieron beber en todas las fuentes de la cultura. Por eso muchos se destacaron en la filosofía, sea racionalista (tal Maïmonides), sea mística (como en la Kabala), o bien en las ciencias, la medicina, la matemática, la astronomía, la astrología. Entre ellos, muchos, formados en la intriga política, habían disfrutado de una real influencia en la península. Muy experimentados en los negocios, poseían todavía

a pesar de las pérdidas ocurridas en la liquidación de sus bienes, una cantidad de capitales evaluada en más de 30 millones de ducados, es decir, tres veces el valor de las importaciones anuales de Venecia procedentes de Oriente, o una suma equivalente al enorme tesoro de 25 millones de florines acumulados por los papas de Aviñon, a la muerte de Juan XXIII, en una época en la cual los recursos del tesoro no pasaban de 800.000 ducados en Venecia (en la mitad del siglo xv), de dos a tres millones en Turquía (según Bessarion) y de 13 millones de reales en España en 1.482.

Financieros de los Sultanes, les entregan Argel y construyen la flota perdida en Lepanto

Después de reorganizar sus comunidades y de asentar su influencia sobre el país, hicieron rápidamente de Turquía el centro de su actividad internacional. Y dedicaron sus esfuerzos a incrementar el poderío militar y naval del Imperio otomano, campeón de sus futuras luchas contra España y el Imperio alemán.

Gracias a ellos, fue dotado el ejército turco de armas perfeccionadas. Fabricaron para él cañones y pólvora y le enseñaron a utilizarlos. Al abrir su campaña contra Hungría, Solimán el Magnífico podía enorgullecerse por su artillería, la mejor de la época. Pero sobre todo se empeñaron en modernizar la flota y en extender el dominio turco en el Mediterráneo.

Arrastrada por el empuje de la reconquista, España se había establecido en la costa de Africa. Después de un primer fracaso en 1503, llegó a ocupar Orán en 1509, luego Bugia en 1510, Trípoli en 1511. En la entrada del puerto de Argel había edificado en un islote un fuerte, el «Peñón». Asustadas por los progresos de los españoles, las comunidades judías del Maghreb buscaban a un protector y dirigían sus miradas hacia Turquía.

Así favorecieron la instalación en Argel del corsario Barbarossa, vasallo de la Puerta. Nacido en Lesbos, de un sipahi y de una griega, Jaïreddin se había unido a su hermano Arudj en la isla de Djerba para ejercer la piratería, bajo la autoridad del bey de Túnez, y luego del sultán. Guerreó sucesivamente contra los genoveses que ocupaban Djidjelli y en 1516, con el sostén de 14 navíos turcos, contra los españoles de Bugia. Luego se presentó en Argel, donde organizó, bajo el nombre de «orjak», una especie de junta de corsarios y de genízaros que se cargó el puerto y la ciudad. En tiempo justo. En 1518, Carlos V dirigió contra Argel, bajo el mando del marqués de Moncada, una expedición de 30 navíos y ocho galeras, pero el temporal dispersó la flota y obligó a un reembarco difícil de los primeros contingentes ya en tierra.

Gratificado con el título de beylerbey por Selim I, Barbarossa consiguió extender su autoridad sobre Tremecen, previamente vasalla de los españoles de Orán. Pero tuvo que reprimir un levantamiento de los moros, alentados por el bey de Túnez, y hasta una sublevación en Argel contra el yugo turco. Decepcionado por el carácter versátil de sus habitantes, abandonó la ciudad para replegarse sobre Djidjelli. Pero su ausencia fue corta. Tres años después,

penetraba otra vez en Argel, culpable de haber acogido con cañonazos a uno de sus navíos, volviendo de España con refugiados. Y consiguió expulsar a los españoles; cogido entre los fuegos cruzados de sus navíos y de la artillería de los fuertes, el «Peñón» tuvo que capitular.

Entonces la confianza de Solimán llamó a Barbarossa a un más alto destino. Uno de sus lugartenientes, judío, Sinan Tchaouch, que había encontrado en Djerba y mandado ya en misión cerca de la «Puerta», vino a buscarle en agosto de 1533 para llevarle a Istambul. Para luchar contra el famoso almirante genovés Andrea Doria, que acababa de apoderarse de Patras en Morea, el sultán quería confiar al corsario de Argel, con el título de «Kapudan bajá» o gran almirante, el mando de su flota. Barbarossa, que la consideraba poco eficaz, la reorganizó con el apoyo del gran visir Ibrahim (un renegado cristiano): se construyeron en un tiempo «record» 84 galeras de nuevo modelo (con seis remeros por remo) y galeotas de 20 bancos de remeros. Entonces se entabló en el Mediterráneo, entre el genovés y el berberisco, un duelo, o mejor dicho un carrusel, con tantas fintas y huidas que se les sospechó a los dos de actuar con tientos para seguir siendo indispensables a sus amos. Sin embargo, hubo algunos encuentros hasta que por fin, con 500 navíos bajo Andrea Doria y 30.000 hombres al mando del marqués del Guasto, Carlos V en persona se apoderó de Túnez el 30 de mayo de 1535; por poco escapó Barbarossa.

Pero dos años más tarde dos escuadras turcas (de 150 y 120 galeras, respectivamente) se preparaban a unirse en Valona para desembarcar a 100.000 hombres en el Napolitano, mientras 50.000 franceses debían atacar el norte de la península italiana. No obstante, Francisco I, detenido por los consejos del condestable de Montmorency, renunció a esta locura, por temor al riesgo que presentaba para la Cristiandad. Entonces los turcos volvieron sus armas contra los venecianos e intentaron apoderarse de Corfu. Así que los dos almirantes se encontraron enfrentados en el golfo de Arta. Por un lado, una flota pesada integrada por 80 navíos venecianos, 36 galeras pontificales, 80 españolas, 10 maltesas, 60 genovesas, 50 portuguesas y 60.000 hombres. Por el otro, Barbarossa, asistido por todos sus lugartenientes (entre los cuales Sinan y Turgut o Dragut), al mando de una escuadra homogénea pero reducida, de 122 navíos. El 25 de septiembre de 1538, después de perder unas unidades delante de Preveza, Doria se retiró sin gloria. Y delante de Argel, defendido por Hassan bajá, el temporal dispersó otra vez la flota de Carlos V (65 galeras, 460 buques de carga, 37.000 hombres).

Su última empresa importante condujo a Barbarossa a Marsella, donde se presentó en 1543, con 110 galeras y 40 galeotas. Muy asustado por la presencia de su molesto aliado, Francisco I tuvo que evacuar la población de Tolón para permitirle invernar. Temiendo una reacción del papa y de la opinión cristiana contra él, el rey volvió la actividad de Barbarossa contra Niza, entonces posesión de Carlos de Saboya. La ciudad capituló pero la ciudadela resistió, y Barbarossa levantó el cerco al aproximarse un ejército de socorro. Y hasta se negó a enfrentarse con Doria, para no comprometer el rescate de su teniente Turgut, caído en manos de los genoveses.

El mismo Turgut le sucedió como almirante cuando murió, dos años

más tarde. En 1560 infligió cerca de Djerba a la flota del duque de Medinaceli y del sobrino de Doria un desastre que costó la vida a 18.000 cristianos. Cayó en Malta en 1565, cuando los caballeros de San Juan opusieron una valerosa y victoriosa resistencia al empuje de 30.000 turcos y de sus 180 navíos. Todavía más grave que este fracaso, la victoria ganada por don Juan de Austria en Lepanto en 1591 hubiera debido ser fatal para la flota turca, que perdió en la batalla 200 navíos y 30.000 hombres. Lo cierto es que recibió un golpe capaz de detenerla, pero no decisivo. Dos años más tarde ya estaba rehecha.

Lo que permite medir la amplitud de los medios puestos a disposición del Imperio otomano, en esta época. Manteniendo tal esfuerzo en su favor, los judíos veían aumentar sin cesar su influencia cerca de los sultanes y entretanto la inmigración continuaba, trayendo ricas y potentes familias.

Los Mendes-Nassi, potencia internacional

Entre las cuales, la de los Mendes-Nassi conoció una fortuna excepcional. En 1553 llegaba a Istambul doña Gracia Mendesia, acompañada por su sobrino Joao Miques y un séquito de quinientos judíos hispano-portugueses e italianos. Pertenecía a la famosa familia portuguesa de los Benveniste, y era viuda del rico banquero Francisco Mendes-Nassi, comanditario habitual de Francisco I (lo que le valió una enviada prosperidad). Uno de los miembros de la familia, José Nassi, establecido en Turquía gracias a la recomendación de diplomáticos franceses, se ganó la confianza del sultán. Pero, después de la entronización de Enrique II en Francia, el viento se volvió: negándose a reembolsar una deuda de 150.000 ducados el rey confiscó los bienes de los Mendes. Entonces, llevando con ella a su cuñado Diego y a sus sobrinos, doña Gracia se fue primero a Amberes (donde Joao Miques consiguió ganarse el favor de la regente, María de Hungría, hermana de Carlos V), luego a Venecia (que debió abandonar por ser denunciada por su hermana) y a Ferrara, donde el duque de Hércules de Esta ofrecía un abrigo seguro a los judíos perseguidos.

Finalmente, se estableció en Istambul y casó a su hija Reyna con su primo José, favorito de Solimán, que le había concedido un territorio cerca del lago de Tiberíades (donde introdujo el cultivo del moral y la industria de la seda, y, precursor de los sionistas, intentó atraer a sus correligionarios). Selim II le nombró duque de Naxos y de las islas Cicladas (1561), de las cuales designó como gobernador a un Coronel, descendiente de Abraham Senior. Ahora bien, este José de Naxos se manifestó pronto como una potencia internacional. Correspondía con el papa y varios soberanos. Decidía de la paz o de la guerra. A través de él, el emperador Ferdinando I, después de sus derrotas de Hungría, solicitó la paz de la Sublime Puerta. Fomentó una expedición contra Chipre, y mientras las tropas turcas atacaban Nicosia y Famagusta, manejó que se volcara el arsenal de Venecia. Esta vez, la Serenessima República replicó expulsando a los judíos (1571). Pero dos años más tarde esta medida fue abolida, gracias a la intervención del rival de José Nassi, Salomon Aschkenazi (germano), ex-médico del rey de Polonia, entonces consejero del gran vigir Mohamed Solloko. Este Aschkenazi, cuando murió el rey de Polonia, Sigismundo-Augusto, último representante de la dinastía

de los Jagellones, dispuso de su trono en 1572 en favor del duque de Anjou, Enrique, hijo de Caterina de Médicis, en competición con Maximiliano II de Austria y el zar de Rusia, Iván el Cruel.

¿No escribía, pues, este mismo Aschkenazi, sin ninguna modestia al futuro Enrique III en mayo de 1573?: «Vuestra Majestad debe en gran parte a mi intervención su entronización, pues mi acción ha sido preponderante». Introducido en esta época, el régimen electivo (del rey) fue fatal a este país, cuya decadencia provocó. Pero ofrecía a las numerosas comunidades judías locales, y a sus comanditarios exteriores, inesperadas posibilidades de intrigas.

* * *

Entonces una de las consecuencias del éxodo de los judíos hispano-portugueses fue el establecimiento en Turquía de un centro de operaciones de primera importancia contra España, el Imperio y la Cristiandad. Fenómeno histórico que no se debe minimizar.

En el momento en el cual los grandes descubrimientos y la explotación de nuevos continentes provocaban hondos trastornos en la vida económica, financiera y social del mundo, la acción de estas fuerzas, reagrupadas, disponiendo de apoyo provisionales o permanentes en Venecia y otras ciudades italianas, Amberes y luego Amsterdam, y finalmente Londres, se va a ejercer en el plan intelectual, como en el religioso y en el político.

A través del Renacimiento, de la Reforma, de la revuelta de los Países Bajos y de las revoluciones en Inglaterra, no cesaron de obrar con vista a destruir la antigua estructura social y a edificar sociedades de fachada seudodemocrática, pero en realidad estrechamente sometidas a la preponderancia de las oligarquías financieras internacionales.

CAPITULO II

AL AMPARO DEL RENACIMIENTO: PENETRACION DE LAS ACADEMIAS PLATONICAS EN ITALIA

En el plan literario y artístico, llamamos Renacimiento al período de honda transformación que, en los siglos XV y XVI señala el principio de la edad moderna.

Abriendo brechas en las murallas y destruyendo los torreones, el cañón deja limpio el sitio para la edificación de castillos o de palacios con el único cuidado del arte y de la elegancia. Con el arcabuz queda inútil la armadura del caballero. El aflujo de metales preciosos, la inflación de metálico, la expansión del comercio internacional arruinan las clases dirigentes de la sociedad medieval. Los reyes de la época son los hombres de negocios y los financieros. Generosos mecenas alientan y mantienen a los eruditos y escritores con tanto más gusto que éstos les ayudan, zapando las estructuras sociales, religiosas y políticas que les molestan en el desarrollo de sus empresas.

El éxodo de los letrados bizantinos, huyendo de la invasión turca, permite la proliferación de academias «platónicas» en Italia. La imprenta facilita la difusión de los antiguos textos y de las ideas nuevas. El estudio de las letras de la Antigüedad, el humanismo preparan la laicización de la cultura, la sustitución de la «Ciudad del Hombre» a la «Ciudad de Dios». El desbordamiento de las pasiones, el libertinaje señalan el triunfo del individualismo sobre las apremiantes reglas sociales. Arrastrados por el empuje de los nacionalismos, los príncipes y soberanos de Occidente derrocan la frágil estructura de la Cristiandad.

Trabajada por insidiosas propagandas, corroída por la ambición política, el nepotismo, la simonia, la corrupción, la Iglesia, comprometida en los escándalos del Papado, se revela incapaz de dominar a sus adversarios. La Reforma será la consecuencia más lógica, el resultado más claro del Renacimiento.

* * *

Los refugiados de Bizancio, promotores de un Renacimiento laico

La palabra «Renacimiento», aplicada al arte (arquitectura, escultura, pintura), que conoció efectivamente una transformación de sus estilos al final del siglo XV y en el XVI, se justifica ampliamente. Pero si se pretende extenderla a la erudición, a la cultura, al estudio de la Antigüedad, no se debería decir «el» Renacimiento, sino el último de toda una serie, pues se puede considerar sin paradoja la Edad Media como un Renacimiento continuo. ¿No fueron épocas de auténticos renacimientos las de Carlomagno, de Alcuino y de los monjes irlandeses, la de Santo Tomás de Aquino, de Alberto el Grande y de la síntesis escolástica, la de Roger Bacon, la de Alfonso X de Castilla, el «sabio», bebiendo en las fuentes bizantinas, árabes y judías para volver a encontrar el legado de Atenas, de Roma y de Alejandría?

Lo que diferencia la última de las otras, su única originalidad parece que consiste en rechazar la tutela de la Iglesia, quebrantando así la únidad espiritual de Occidente, mientras los anteriores se habían integrado en el patrimonio común de la Cristiandad. La tradición de los estudios latinos y griegos continuaba vivaz en la Edad Media. Precursores del Renacimiento, Dante y Petrarco, en el siglo XIV, despreciando el idioma vulgar habían puesto de moda la lengua de Cicero. No obstante, el primero buscó su inspiración en fuentes francesas, como la «Divina comedia» de Raul de Houdan. En cuanto al segundo, que estudió en Bolonia, Montpellier y Roma (en 1337), fueron sus obras italianas, más espontáneas, las que le valieron su fama. En Boccacio (1313-1375) ya se notan unas flechas contra la Iglesia. El cuento de los «Tres anillos», sacado de las «Cien antiguas Novelas» (núm. 72), otra vez en el «Decameron» (nov. 3) presenta a un judío, un musulmán y un cristiano, juntos, y sirve de pretexto a burlas sobre la moral cristiana y la actividad «diabólica» de los servidores de la religión.

Sin embargo, el movimiento no alcanza amplitud hasta la llegada a Italia de los helenistas designados para negociar sobre la Unión de las Iglesias entre Bizancio y Roma. Florencia, capital de la Banca, como Venecia y Génova lo eran del comercio peninsular, vino a ser entonces la cuna de las academias platonicianas. Desde 1396 el canciller de la Señoría, Coluccio Salutati, había atraído en la ciudad a Manuel Chrysoloras como profesor de griego. Su sucesor, Leonardo Bruno, fue el que bautizó la cultura neo-clásica con el nombre de «humanitas», usado por Cicero para calificar el helenismo.

La reunión del concilio entre ortodoxos y católicos, transferido desde Ferrara en 1439, provocó el aflujo hacia Florencia de 700 bizantinos del séquito del emperador Juan II Paleologo y del patriarca de Constantinopla. Si la asamblea fracasó en su misión sobre cuestiones tan espinosas como el «filioque» del Credo de Nicea y la Primacía del papa, dejó detrás de ella en Italia letrados cuya influencia fue considerable. Amo de la Señoría, Cosme de Médicis se empeñó en retenerlos.

Florencia, República oligárquica, protege a humanistas y judíos.

Entonces poblada por 150.000 vecinos, entre los cuales 30.000 vivían del negocio de la lana y de la transformación de paños brutos en tejidos de

lujo, Florencia contaba, alrededor del Mercado nuevo, 80 escritorios de cambiadores, cuyo volumen de operaciones alcanzaba dos millones de florines. Después de alejar a la nobleza y a la burguesía mediana, la oligarquía financiera o «popolo grasso» dominaba la ciudad con el apoyo de la multitud. Hasta 1435, dos grupos antagonistas se disputaron la influencia. Hasta que, plutócrata y demagogo, Silvestre de Médicis consiguió arrojar al hampa al asalto de las casas rivales de los Albizzi y de los Pazzi (en junio de 1378).

Se engordó luego, gracias a la protección de los papas. Banquero y tesorero de Juan XXII, Juan de Médicis se encargó de las transferencias que necesitaba el concilio de Constanza (1414-1418), durante el cual el nuevo elegido Martin V confirmó los privilegios otorgados por el emperador Sigismundo a los judíos de Alemania y de Saboya. El mismo pontífice intervino de nuevo (el 23 de febrero de 1422) en favor de los judíos de Austria, expulsados dos años antes por el duque Alberto, después de la sublevación husita. Elegido gonfalonero de justicia en 1421, Juan de Médicis gozaba de una fortuna de 180.000 florines; su banco disponía de 16 sucursales en Europa.

Su hijo, Cosme el Anciano, se engordó de la misma manera, durante el concilio de Basilea en 1431. Su participación en la Casa era de 235.000 florines en 1440. Gobernando a través de terceras personas, astuto y cauteloso, Cosme manifestaba el mayor respeto por las formas democráticas del gobierno de Florencia; República de Gremios —las Artes—, la Señoría era en apariencia dirigida por unos Consejos tan numerosos que paralizaban su acción. Integraban el Consejo supremo 12 miembros (cuatro representantes de los cuatro barrios, dos de las siete artes mayores, y seis de las 14 menores), elegidos para dos meses y no reelegibles, tenían funciones más honoríficas que efectivas. Asesoran a la Señoría: un podestat de justicia criminal (noble), un capitán de Hacienda (plebeyo), cada uno asistido por un Consejo; un Gran Consejo de 100 Buenos Hombres; un Consejo de los 16 gonfaloneros, al mando de las cuatro compañías de milicias de cada uno de los cuatro barrios; y todavía otros Consejos, de los ocho y luego de los 10, de los sacerdotes, de la guerra, de la paz, los ocho de guardia, los seis de mercancías, los seis de recursos. Sin embargo, la asamblea que designa a los elegibles, entre los cuales los «elegidos» son sorteados en las urnas o bolsas, detiene el poder efectivo. Puede ser una «balia», reunión extraordinaria de los ex-gonfaloneros y de los magistrados, o bien, en tiempo de Lorenzo de Médicis, una asamblea de 200 miembros, escogidos por unos 40 grandes electores prealablemente designados por cinco fieles de los Médicis. Luego le sustituirá una manera de «sanhedrín» de 70 miembros, reanudada por cooptación, encargada de designar, durante cuatro años, a todos los magistrados.

El gran número de cargos, sometidos a una rápida rotación, permite satisfacer, al lado de los obligados y deudores del amo, a una gran cantidad de clientes. Sustituyendo al impuesto proporcional sobre la renta («catasto») un impuesto progresivo («scala»), evaluado arbitrariamente por los agentes del fisco («estimo»), Lorenzo perfecciona los medios del reino de su padre, pues dispone de la amenaza de aplastar bajo el peso de las tasas y sobretasas a todo competidor o adversario suyo. Usa de todos los expedientes modernos: conversión de las rentas, moratoria de intereses de la Deuda, devaluación de la moneda (por una quinta parte).

Ocurre el caso de que levantan la cabeza sus enemigos, como en 1435; entonces Cosme se «ausenta» durante un año en Padua y Venecia, esperando a que sus agentes de ejecución limpien la plaza para volver sin mancharse las manos (1434). Diez años más tarde, una asamblea depuradora despeja la atmósfera y asegura su poder. En 1476, Lorenzo actúa de la misma manera. A consecuencia de una conjura de los Pazzi, fomentada con el apoyo del papa Sixto IV y del rey Ferrant de Nápoles, su hermano Julián cae apuñalado en el mismo coro de la catedral, y él también está herido (26 de abril de 1478). En represalia los fieles de los Médicis proceden a unas 270 ejecuciones hasta el 18 de mayo. Considerado como cómplice, el arzobispo, ahorcado como los otros conjurados, balancea sus medias moradas en lo alto de la Señoría.

Ahora bien, cuando se reúne el concilio de 1439 (del 16 de febrero al 6 de julio), la República plutocrática de Florencia está fuertemente mantenida en las manos de los Médicis. Mecenas, Cosme el Anciano se interesa por los humanistas: más que letrado es un coleccionador, busca manuscritos griegos, árabes, siriacos, caldeanos, compra bibliotecas (como la de Nicolo Nicoli). Atrae a los helenistas refugiados. Ofrece una cátedra en el «Studio» o Universidad a Francesco Filelfo, vecino de Venecia, yerno de Chrysoloras (aunque tendrá que expulsarle más tarde por haberse adherido al clan de los Albizzi). Sin embargo, esta Universidad (que su hijo Lorenzo transferirá en Pisa) no es el único objeto de sus cuidados.

Le prefiere la Academia platoniciana, que tiene cenáculo en su propia casa, en los jardines de Careggi, en el palacio de la via Larga. Su fundador, Georgios Gemistos, llamado Plethon, acompañó al emperador en el concilio. Nutrido en las doctrinas filosóficas y sociales del neo-platoniciano Proclus organizó (según el modelo de la academia de Plato) una sociedad secreta, un círculo de discípulos cerca de Esparta. Entre sus iniciados se encontraba Bessarion de Trebizonda, arzobispo de Nicea, promovido a cardenal por el papa Eugenio IV. Instalado en Venecia, Bessarion difundió la obra de Plato en Occidente (sus colecciones han sido el núcleo de la biblioteca de San Marco).

Al marcharse Gemistos (nombrado juez supremo por un déspota griego de Mistra, murió allí cerca de 1452), le sucedió en la dirección de la academia Marsilo Ficin (hijo de un médico de Cosme), traductor también de Plato. Teólogo y filósofo, autor de «Diálogos» y de las «Institutiones platonicae», este canónigo de San Lorenzo (que no era ateo, ni tampoco incrédulo) intentó, bajo el título «De la religión cristiana», una ambiciosa simbiosis de las religiones y doctrinas, en la que distribuye generosamente su incienso entre Zoroastre, Mercurio Prismegista, Orfeo, Aglofanes, Pitagoro, Plato, Porfirio, Dionisio el Areopagita, Plotin, la Gnosis, la astrología, la teoría de los números. De modo que su doctrina es una mosaica. No consigue reproducir la síntesis operada por la Iglesia, cuando las controversias entre Origenes y Celsa y otros autores judíos de la época, o en los tiempos de San Agustín y de Santo Tomás de Aquino, asimilando a Plato e integrando a Aristóteles.

Gran coleccionador de manuscritos como su padre, Lorenzo de Médicis manda a Juan Lascaris en su busca. Poeta y letrado de calidad, el Magnífico mantiene en el «Studio» de Florencia a Andronico de Thessalonica y a De-

metrio Chalcondyle. Entre sus amigos íntimos, acoge a Luigi Pulci (creador del personaje del gigante «Margutte») y a Angelo Poliziano, su secretario, preceptor de su hijo Pedro.

Pico de la Mirandola, propagador de las «quimeras» de la Kabala

A los veintiún años de edad, en 1484, penetra a su vez en el cenáculo el conde Juan Pico de la Mirandola. Antes, estudió en Bolonia y Ferrara, aprendió el árabe y el hebreo en Padua (la Universidad veneciana, famosa en medicina, pero fuertementemente matizada de incredulidad y herejía), pues su fundador, Pietro de Albano (Pomponato), se nutría en las doctrinas escépticas y racionalistas de Averroës, el médico árabe Ibn Rosch, famoso cerca de 1150. Su escuela fue, durante el siglo XVI, un vivero de pensadores modernos, basando su ciencia solamente sobre pruebas experimentales: Cardan, Cremonini, Giordano Bruno.

Dos judíos, protegidos de Lorenzo de Médicis, contribuyeron a la formación del joven prodigio. Elia del Medigo, procedente de una familia alemana emigrada en Creta, profesor de Padua y Florencia, le ayudó a penetrar las doctrinas de los filósofos judíos, griegos y árabes de la Edad Media, por ejemplo Maïmonides y Avicena. Para iniciarle en la Kabala, es decir, a la tradición oral tardíamente transcrita por el rabino Moïses de León en el siglo XIII, tuvo como guía a Yohan Alemani ben Izsak, un judío de origen provenzal, vuelto de Constantinopla para establecerse en Florencia. Puesto en contacto por él y por su maestro en arameo Flavius Mitridata, otro judío kabalístico encontrado en Perusa, con unos estudios esotéricos, como el comentario de Menachem di Recanati sobre el Pentateuco, el tratado de Eleazar de Worms sobre Plato, Pitágoras, la Kabala, las Escrituras, el «libro de los Grados», de iniciación a la suprema sapiencia de Phalaquera, el joven conde de la Mirandola se creyó poseedor de la tradición caldea y egipcia, transmitida por Abraham y por Moïses, antes de transcrita en las obras (apócrifas) de Esdras.

Animado por el deseo de comunicar sus descubrimientos y de intentar, él también, una síntesis «concordia» de las religiones de la Antigüedad, del judaísmo y del cristianismo, Pico presentó sus doctrinas, bajo la forma de 900 proposiciones, prologadas con un discurso sobre la dignidad humana, que pretendió defender en Roma en noviembre de 1496). El papa Inocente VIII se lo prohibió y 113 de sus proposiciones fueron condenadas el año siguiente. Se inclinó, pero, siempre con el concurso de Alemania, escribió bajo el nombre de «Heptaplus» un estudio sobre los siete días de la Creación, inspirado por el «Sepher Yetsirah», este libro anterior al Zohar, que, según Eliphas Levi, no se puede descifrar sin la ayuda de los jeroglíficos de Enoch.

Acusado de herejía, Pico, cuya casa servía de lugar de reunión a otros judíos, Jehuda Abravanel, Abraham Parissol y a un converso, Raimundo de Moncada, buscó refugio en Francia, donde se le internó en el torreón de Vincennes. De vuelta a Florencia, murió a los treinta y dos años, envenenado por su secretario, porque acababa de abandonar a los Médicis para adherirse al partido de Savonarole, el monje agitador que había contribuido a llamar de nuevo en la ciudad. Primer cristiano iniciado en la Kabala, Pico de la Mirandola contribuyó, con el judío alemán converso Paulus Riccius, profesor

en Pavia, a la difusión de sus doctrinas entre los católicos, Egidio de Viterba (1472-1523), general de los Agustinos, discípulo de Elias del Medigo y de Elias Levitas, como los precursores de la Reforma, Reuchlin en Alemania (1480) y Lefèvre d'Etaples en Francia (1491-1492).

El favor de los Médicis, por otra parte, no se extendía a todos los eruditos sin distinción. El viejo Cosme mantenía apartado a un antiguo banquero, Gianuzzo Manetti, conocedor del griego y del hebreo, que tradujo los salmos y atacó a los judíos en sus obras teológicas. Pero como buscaba a un latinista capaz de contestar con elocuencia a una homilía de Aeneas Sylvius (el futuro papa Pío II), entonces secretario del emperador Federico II, y no encontró a otro, tuvo que resignarse en llamarle.

Ahora bien, el palacio de la vía Larga se abría muy libremente a los judíos. Lorenzo tenía mucho afecto a Bartolomea di Nassi, cuyo nombre evoca el de una famosa familia de banqueros. Los dos médicos que le asistieron en su última enfermedad, Pedro Leoni y Lazaro o Lazarus, eran judíos; este último, por otra parte, sometiéndole a un tratamiento a base de perlas molidas, acabó con su vida (9 de abril de 1492). Y los capitales judíos recibían una acogida alentadora en el territorio de la Señoría. Yehiel, instalado en Pisa, después de suplantar a un correligionario suyo que poseía cuatro escritorios en Florencia, disponía de bastantes fondos como para «dominar el mercado de dinero de toda la Toscana». Mantenía estrechas relaciones con el financiero español Isaac Abrabanel.

Bien acogidos por los príncipes, los judíos oprimen al pueblo

Mientras ejercían su influencia sobre los humanistas, los judíos, conscientes de la importancia de la imprenta recientemente descubierta, utilizaron este medio de difusión para actuar sobre el movimiento intelectual de la época. Este nuevo gremio escapaba del control corporativo y necesitaba al principio de unos fondos relativamente importantes. Por eso los judíos italianos fueron los primeros en beneficiarse de la invención de Gütenberg. Tomaron la iniciativa de abrir imprentas en Reggio, Mantua, Ferrara, Pieva di Sacco, Bolonia, Soncino, Iscion y Nápoles, lo que les permitió controlar la difusión de los textos antiguos y de las ideas nuevas.

En Venecia, el movimiento humanista, impulsado por el impresor Alde Manuce, se manifestó antes de todo por la publicación de obras antiguas. ¿No proporcionaban las colecciones llevadas por el cardenal Bessarion unos textos griegos de mayor importancia? Pero la academia platoniciana, fundada por el mismo Manuce, no conoció tan grande irradiación como la de Florencia. En cuanto a los judíos, la Serenissima República se encontraba dividida. El dux Andreas Gritti aceptó que su médico Jacob Mantino le dedicara sus obras. Varios financieros, como más tarde los Nassi, ligados a los Albizzi de Florencia, ejercieron una real influencia. Pero Venecia, dirigida con vigor por el Consejo de los Diez, que limitaba los poderes de los duces y controlaba rigurosamente a los 480 senadores, y servida por una policía y una diplomacia sin par, era lo bastante fuerte como para defenderse. Fue allí que, en 1516,

se obligó a los judíos a vivir en un barrio reservado o «ghetto». Dos veces, en 1550 y en 1571, fueron expulsados del territorio de la República.

Ahora bien, en la península entera, los príncipes les acogían de buena gana. ¿No ayudaban a sus amos, proporcionándoles los fondos necesarios al mantenimiento de sus «condottieri», de sus mercenarios, como a la satisfacción de su afán de lujo? Además los príncipes, que consideraban a los papas como a unos rivales peligrosos, estaban naturalmente inclinados a alentar a los humanistas en sus tendencias hostiles a la Iglesia.

En Ferrara, sea Leonello, crespo bastardo de Nicolás de Esta (discípulo del humanista Guarino da Verona), sea el heredero legítimo Hércules (cuya codicia es proverbial), los duques protegen sin distinción a letrados y judíos. Son reyes los usureros. No tienen freno. Uno de ellos, Buono Aïuto (Buena Ayuda) —todo un programa—, retiene 30 por 100 de interés en sus préstamos. Con tal tasa, los hidalgos deseosos de presentarse con holgura en la corte, pronto se ven reducidos a pedir limosna. Los Gonzague de Mantua (gozando de una fortuna bastante mediocre) tratan a los judíos con el máximo respeto. Allí, entre 1450 y 1490, Messer Leon actúa como médico y rabino. De manera que en la mitad del siglo XVI Mantua competirá con Cremona como centro de publicaciones judías. Al ejemplo del Talmud, editado en esta última ciudad por Emanuel de Benevento, publicó el Zohar.

En Milán, donde la tiranía sanguinaria de Felipe Visconti cedió el paso a la dura mano de los condottieri Sforza, Galeas protege también a humanistas y judíos; escoge como médico a Guglielmo (Benjamin) di Portaleone. Pero no tiene suerte con su ex-preceptor Cola Montanus, que se vale de su influencia sobre sus discípulos para fomentar conjuraciones republicanas, evocando el ejemplo de Bruto.

Sin embargo, después de los Médicis, el mayor mecenas de los humanistas es el rey Alfonso de Aragón, quien, desde 1443, ocupa el trono después de la expulsión de la dinastía de Anjou. Se trata de un libertino, moral e intelectualmente, protector de Lorenzo Valla, discípulo de Epicurio, autor de unos «Diálogos sobre la voluptuosidad». Para ayudar a su amo contra el papa Eugenio IV, Valla ataca la autenticidad del donativo de Constantino, uno de los principales títulos que establecen el poder temporal de la Santa Sede. Y otra de sus obras, «Del libro albedrío», será la fuente donde beberá Erasmus más tarde. En 1458, Ferrant, un bastardo, sucede a su padre Alfonso. Se trata de un violento y de un ateo; durante su reinado alternarán fiestas y sublevaciones. Sus amigos íntimos son judíos. Portaleone, su médico. Consejero financiero del virrey don Pedro de Toledo, Samuel Abrabanel acumula en Nápoles una fortuna de 200.000 cequis. Su casa es el punto de cita de los letrados judíos y cristianos de todo el Sur de Italia.

Cortesanos de los financieros, protegidos por los príncipes como los judíos de Corte, los humanistas del Renacimiento no se señalan por su originalidad. Serviles imitadores de la Antigüedad, sus obras, embarazadas con un baratillo clásico y retórico inútil, parecen tan superficiales como pretenciosas. Los de menor vuelo son unos dómines pedantescos. Pero presumen de espíritus libres, de gens-de-lettres liberados de la tutela eclesiástica, de no-conformistas, en

un período en el cual el no-conformismo, muy de moda en Italia, corrompe las buenas costumbres de la juventud. Y también de intelectuales de cepa superior, mirando al pueblo con desdén: «Sentir como el pueblo es una cosa vil», escribirá el tan delicado Erasmus.

Un Franciscano se yergue contra los usureros

Que se encuentre bajo la autoridad de Repúblicas plutocráticas o de déspotas «alumbrados», el pueblo, si acaso tiene la palabra, aprecia poco tal régimen. Pues se siente estrujado, sin defensa contra los usureros. Cuando se le da la oportunidad reacciona. De sus miserias los franciscanos tienen piedad. Cuando los espíritus distinguidos —sobre todo si llevan la sotana como Erasmus o Rabelais— se burlan de los monjes, gordos y pingües, blandamente adormecidos en sus monasterios, entre ellos los mendicantes, para amordazar a los usureros, se improvisan financieros.

Bernardino de Feltra llamó a la cruzada contra la usura (1484) y la Tercera Orden franciscana organizó unos Montes de Piedad. El primero, en Perusa en 1463, tuvo un capital de 1.200 florines, pero al préstamo gratuito se debió renunciar y cobrar un interés módico para cubrir los gastos de gestión. El capítulo de los franciscanos en 1493 y el papa León X (Médicis) en 1515 aprobaron estas medidas. A través de cuestaciones y procesiones se recibieron ofrendas y donaciones; las corporaciones apoyaron el movimiento; unas hermandades se organizaron en mutuales. La institución se extendió rápidamente a Italia entera, no sin provocar graves remolinos.

En Milán, Galeas Sforza acalló la voz de Bernardino de Feltra. El dux Moncenigo y el Senado de Venecia mandaron al podesdat de Padua reprimir con el máximo rigor los alborotos que allí se produjeron. En Florencia el príncipe y la Señoría se alzaron en defensa de los judíos con tanta vehemencia que Bernardino les acusó de haberse dejado comprar por Yehiel de Pisa. Los Ocho prohibieron su campaña. Se intentó envenenarle con fruta que le ofrecieron. Hasta la huida de Pedro de Médicis fue imposible abrir un Monte de Piedad en la ciudad. Pero cuando Savonarole estableció allí un régimen popular, denunció a los usureros, que (gracias al cálculo de intereses compuestos) cobraban hasta el 33 por 100 de sus créditos. Entonces el fogoso dominico, en tono de profeta, expulsó a los judíos del territorio de Florencia para Navidad de 1495. Pero tres años más tarde fue ejecutado (el 23 de mayo de 1498). Antes el papa Alejandro VI (Borja) le había excomulgado por haber tolerado que dos monjes se provocasen con una hostia en una prueba por el fuego que terminó en una sangrienta refriega. Volvieron los judíos.

CAPITULO III

FRANCISCO I, PALADIN DESAFORTUNADO DE LOS BANQUEROS, SE VE REDUCIDO AL PAPEL DE BRILLANTE SEGUNDON DE LOS TURCOS

También fuera de Italia, caminaban las ideas modernas del Renacimiento.

En la Europa central, el emperador Carlos IV de Luxemburgo fundó una Universidad en Praga, su hijo, el emperador Sigismundo, llamó a su Corte a Pier Paolo Vergelio y a un discípulo de Chrysoloras, Aeneas Sylvius Piccolomini. La Universidad de Heidelberg siguió el movimiento. A instigación de Aeneas, el hijo de Federico III, Maximiliano, protegió también a los humanistas.

En Francia y en Inglaterra, entretanto, Francisco I y Enrique VIII llevaban las esperanzas de los novadores.

* * *

Banqueros y refugiados italianos empujan a los reyes de Francia a la península

Iniciadas bajo el impulso de poderosos intereses italianos en Francia y con el entusiasmo de la juventud, las campañas de los reyes Valois en la península, tenían como meta, en fin de cuentas, la unión, a través de los Alpes, de los dos pueblos, bajo la autoridad del rey de Francia, soberano «alumbrado», amigo de los humanistas.

Cuando cruzó los montes en 1494, para defender sus derechos (heredados de René d'Anjou) sobre el reino de Nápoles, el joven Carlos VIII, en su afán de acción y de gloria, se dejaba atraer por el encanto del Mediterráneo. **Llamado por Leudovico el Moro de Milán y por el papa Inocente VIII, a instigación del cardenal Della Rovere (futuro Julio II), ¿quizá acariciaba también el sueño de liberar a Constantinopla y ceñir la corona imperial? El ideal** de las Cruzadas podía todavía seducirle.

Pero los designios de los banqueros y hombres de negocios que financiaron su expedición eran mucho más triviales: destruir la preponderancia económica de Venecia y reconquistar los mercados de Levante. Mucho antes de la penetración militar francesa en la península se habían reagrupado en Lyon los refugiados italianos en Francia. Situada en la encrucijada de los caminos, de París vía el Bourbonnais, de las ciudades del Rin y de los Países Bajos vía Borgoña y Champaña, de Ginebra, de Saboya, de Italia, y hacia España, a través del Languedoc, famosa por sus ferias de cambio (abiertas cuatro veces al año desde 1463), la ciudad del Ródano era un centro de negocios de primera importancia.

Desterrados por las luchas civiles, los emigrados florentinos, atraídos por Luis XI, desde 1466, afluyeron en la ciudad en tal número que en 1470 tenían su propia parroquia y un cónsul y cuatro procuradores administraban su comunidad. Mantenían relaciones permanentes con Venecia, Roma, Nüremberg, Brujas, Amberes y Londres, donde tenían sucursales. Durante la primera mitad del siglo XVI, cuando el capitalismo naciente ejercía una influencia creciente sobre los Estados modernos, se impusieron a los reyes de Francia, tal como sus competidores de Ausburgo, los Fugger, a los emperadores. Al lado de dos bancos de los Médicis (uno de los cuales dirigido por Cosimi Sasseti) se encontraban las casas rivales de los Pazzi, Casini, Portinari; con los Capponi, que recibieron de los reyes de Francia el gobierno de Florencia, financiaron a Carlos VIII. También contribuyeron Agostino Chigi, de Siena (que ocupara una posición importante en Roma, bajo Julio II), y los Sauli, hombres de negocios en Borgoña y Provenza.

Vanas demostraciones de prestigio, sino de gloria, estas empresas italianas pronto se revelaron muy decepcionantes. Sus paseos militares se iniciaban con entradas triunfales: de Carlos VIII en Milán, Florencia y Nápoles en 1494; la de Luis XII, pretendiendo defender los derechos de su abuela Valentina Visconti en Milán (1499), Nápoles (1503) y Génova (1507). Pero apenas quitados de en medio sus rivales del momento, unos de estos príncipes o papas que habían llamado a los franceses, molestos por su presencia, volvían sus armas contra ellos, formando alrededor de Venecia (1509) y de la Santa Sede unas ligas que se transformaban en coaliciones en las que participaban el emperador, los reyes de España y de Inglaterra. Entonces, abandonando sus efímeras conquistas, el ejército real tenía que abrirse paso, la espada en la mano, a través de un país que amenazaba con cerrarse sobre él. Y cada vez se reproducía el mismo esquema.

Sin embargo, la hija de Luis XI, Ana de Beaujeu, y la reina Ana de Bretaña tenían bastante juicio como para señalar a Carlos VIII y a Luis XII los riesgos de esta política. Y Francia era lo bastante fuerte como para aguantar la carga correspondiente. Restaurada por Carlos VII, definitivamente unificada por Luis XI con el predominio de la autoridad real impuesta a los feudales, era entonces, con sus veinte millones de habitantes, la nación más poblada de Europa. A pesar de los disgustos de las campañas de Italia, Luis XII, soberano de un pueblo feliz, pasó en la historia apodado el «Padre del Pueblo».

Dominado por las mujeres y por los hombres de negocios, Francisco I, decepcionado en sus ambiciones imperiales

Entonces el reinado de Francisco I se abría bajo los mejores auspicios (1515). Brillante jinete, fogoso cazador, valeroso en la lucha, galante con las mujeres, fino letrado, buen hablador, amigo de los artistas y a veces poeta, Francisco de Angulema correspondía al ideal del perfecto caballero, del hidalgo ejemplar. Príncipe encantador, ha seducido por su penacho hasta la mayoría de sus biógrafos. Héroe bendecido por los dioses, ¿no debía la Fortuna favorecerle en sus peores trances?

Pocas influencias en su entorno eran capaces de disuadirle de semejantes aventuras. Criado en la intimidad de su madre y de su hermana, Francisco I quedó muy ligado con ellas durante toda su vida. Ambiciosa, autoritaria, de una codicia legendaria (acumuló una fortuna de millón y medio de coronas), «Regente» en todo momento y no sólo en ausencia del rey, Luisa de Saboya dominaba la mente de su hijo, tanto por sus propios avisos como por los consejos del canciller Duprat, ex-preceptor y primer ministro. Su hermana Margarita le adoraba tal su Dios, comulgando con él en el culto de las ideas nuevas, protegiendo a los humanistas y a los herejes sin distinción contra las sanciones de la Sorbona y de los Parlamentos, sustrayéndoles a la justicia, salvándoles de la hoguera. Nadie podía luchar contra la influencia preponderante de su familia, ampliada a los Alençon (después del enlace del insignificante duque con Margarita el 9 de octubre de 1509) y a unos grandes funcionarios colmados con donaciones, Robertet (secretario de Estado ya bajo Carlos VIII), el financiero Gaillard, cuyas familias eran entrelazadas hasta con la familia real, a través de una bastarda del conde de Angulema.

Con ellos nadie podía enfrentarse. Ni las reinas, la dulce y discreta Claudia de Francia, la digna y devota Leonora de Portugal, hermana de Carlos V. Ni las amantes reconocidas: Francesca, condesa de Chateaubriant, duquesa de Valentinois, y más tarde Ana de Heilly, duquesa de Etampes. Solo en el Consejo, frente a los Lescun, Lautrec (hermanos de Mme. Chateaubriant), el condestable Ana de Montmorency trató de imponer, a lo largo del reinado y también bajo Enrique II, sabios consejos de prudencia, anteponiendo el Piamonte y Saboya a las conquistas lejanas de Milán o de Nápoles, y frenando a su soberano, cuando su alianza con los turcos le merecía ser excomulgado por la Cristiandad.

Pero desde la primera campaña, famosa por la victoria en Marignan de las lanzas de la «gendarmería real» sobre el «bosque» de las picas suizas, puso la mano en el engranaje, en el cual los reyes de Francia y los banqueros fueron arrastrados, hasta derribarse todos juntos en la bancarrota de 1557, bajo Enrique II, preludio a la liquidación de las aventuras italianas, concluida por el tratado de Cateau-Cambrésis, en 1559.

La conquista del Milanés en 1515 absorbió 10 millones de coronas (pedidas prestadas por Jacques de Beaune, ex-tesorero de Ana de Bretaña, el futuro Semblançay). Entonces, a los anteriores comanditarios de Carlos VIII se añadieron, bajo Luis XII los Albizzi de Florencia, y bajo Francisco I los Salviati, los Guadagni y los judíos Mendes Nassi. Así, durante la primera mitad

del siglo XVI, nuevos inmigrados italianos, de Florencia, de Siena, de Nápoles, hincharon las filas de la alta finanza lionesa.

Entonces, con la próxima sucesión de Maximiliano de Austria se abre por un duelo entre Francisco I y el futuro Carlos V, la era de la rivalidad y de la contienda entre las casas de Francia y de Austria. En previsión de la competición, la Corte de Francia, prudente, trata de atraerse el favor de los banqueros por unos enlaces matrimoniales. En la primavera de 1518, Lorenzo de Médicis se presenta en Amboise para casarse con Magdalena de Bolonia (Boulogne) (cinco días después de su muerte, un año más tarde, su esposa dará a luz una hija, Catalina de Médicis, futura reina y regente).

En el momento de iniciarse la gran feria de la elección imperial en Francfort en 1519, la posición financiera de Francisco I no parece mala. Se acumuló un tesoro de tres millones de florines para apoyar las promesas de Bonnivet, que intriga en Alemania y presiona a los siete electores, con el concurso de Joachin von Moltzen, Ulrich von Hutten y Franz von Sickingen. Delante del embajador inglés, Tomas Boleyn, el ambicioso rey de Francia se jacta, si sale elegido, de «entrar en Constantinopla antes de tres años». Pero los príncipes alemanes no ven con buenos ojos el apoyo que le presta el papa León X (Médicis) y le acusan de provocar la división de su país. Y vacilan tanto más que los fondos esperados todavía no han sido transferidos. Carlos de Austria, cuya campaña ha sido dirigida por su tía, la astuta Margarita, gobernadora de los Países Bajos, paga al contado, entonces se lleva la Corona (el 28 de junio de 1519). Sus banqueros, los Fugger, los Welser de Ausburgo ya estaban en la plaza; les costó la operación 850.000 florines.

Despechado por su fracaso, Francisco I secuestra en 1521 los bienes de unos banqueros florentinos en Lyon, Burdeos y París, pero los devolverá cuatro años más tarde. Y les pedirá otra vez en Lyon las 200.000 libras necesarias para cubrir los gastos de la lujosa entrevista del Campo de los Paños de Oro: vana tentativa para deslumbrar a Enrique VIII. Antes y después, durante dos entrevistas más discretas, en Canterbury y cerca de Calais, Enrique VIII y Carlos V se ponen de acuerdo a espaldas del malogrado Francisco.

Devora su fortuna en Pavia

Para entrar otra vez en campaña, hace falta dinero para pagar a los mercenarios extranjeros que componen (aparte de las compañías de ordenanza y de las cuadrillas de peones) la mayor parte del ejército, piqueros suizos, lansquenetes alemanes: dos millones. Se emite un empréstito de 250.000 libras de rentas 10 por 100 sobre el Hotel de Ville de París, garantizado por la gabela de la sal y las «aides» (tasas indirectas). Todo se engulle allí: 300.000 coronas de un fondo napolitano, 107.000 libras ahorradas por Luisa de Saboya, que va hasta ofrecer casarse con el rico condestable de Borbón. Y como éste se atreva a negarse, le persigue en justicia; de manera que el último de los grandes feudales no tardará en pasarse al enemigo.

Entretanto el mariscal de Lautrec, hermano de Mme. de Chateaubriant, vencido en la Bicoque (1522) abandona el Milanés. Se disculpa acusando

a Semblançay, que no le transfirió las 400.000 coronas que necesitaba para pagar a sus tropas. Víctima de su confusión entre sus propias cuentas, sus préstamos personales (1.574.000 libras), los de Luisa de Saboya (707.000 libras) y los del Estado, envidiado por el canciller Duprat, el desdichado tesorero, perseguido, será ejecutado en 1527 y su fortuna (900.000 coronas) será confiscada.

Ahora bien, Enrique VIII declara la guerra e invade Picardía. Inmediatamente hacen falta 2.400.000 libras, que Babou, sucesor de Semblançay, proporciona como puede, con medios poco confesables. Pero su tesorería está a flote cuando Francisco I emprende otra vez en Italia la campaña que terminara con el desastre de Pavia (23 de febrero de 1525). Herido, prisionero de Lannoy, uno de los más valerosos capitanes de Carlos V, en Pizzigettone, el primer gesto de Francisco I es de confiar su sortija a Frangipani, uno de los caballeros de su séquito, para mandarla al sultán Solimán II. Cogido en la trampa el Rey muy Cristiano concluye un pacto con el diablo aliándose con el sultán infiel. La necesidad impone su ley.

Siguiendo el enérgico impulso de la regente Luisa de Saboya, Francia, en un unánime sobresalto nacional, resiste a la invasión. En Madrid, a donde conduce a su prisionero, Carlos V pretende que abandone Borgoña. Con la connivencia de Borbón, los imperiales, ingleses y españoles se disponen a despedazar el territorio nacional. Para hacer frente al emperador, todos los medios, hasta los más discutibles, son legítimos.

Mendes-Nassi le impulsa a la alianza turca

La primera reacción de Francisco I parece chocante. Pero no debe extrañar. En 1511 ya su madre ¿no había mandado a un cordelero, Jean Thenaud, al Cairo, flanqueado por unos marranos? ¿No se habían presentado embajadores turcos en el campo delante de Pavia? El banquero del rey, Francisco Mendes Nassi, ¿no sostenía relaciones permanentes con el sultán y con sus correligionarios de Istambul? ¿No le es fácil a este «corredor» entremeterse? Y ¿no es el momento propicio? Solimán, a quien una coalición europea podría aplastar, tiene todo interés en apartar a Francia de ella. Además este sultán, hijo de una francesa, no mira con malos ojos esta alianza. Francisco I, por su parte, gana a un asociado capaz de amenazar las espaldas del emperador y de obligarle a dividir sus fuerzas. También los banqueros de Lyon tienen algo que ganar en el asunto: gracias a los privilegios otorgados al rey de Francia, protector de los cristianos, por las «capitulaciones», ¿no podrá Marsella competir con Venecia? (pues los franceses obtendrán una reducción del 5 por 100 de los aranceles y una exención de impuestos de cinco años). En cuanto a los Nassi, el primo José y la viuda de Francisco se beneficiarán del apoyo total de los diplomáticos franceses para emigrar a Turquía. Así la tractación venía en provecho de todos. Iniciada por un refugiado español, Rincón, en 1528, continuada en 1532 por Marillac y La Forest, y en 1535 por una misión extraordinaria, llegó a la conclusión de una alianza en febrero de 1536. El año siguiente unos plenipotenciarios turcos se presentaron en la Corte francesa.

De ahora en adelante, hasta el final del reinado de Enrique II, se sucedieron en Istambul las misiones diplomáticas francesas, mientras el general de las galeras del rey llevaba al Kapudan bajá el apoyo de su modesta flota. Pero era una alianza contra natura, esa, cuyas ventajas, quizá más engañosas que sustanciales, venían anuladas por seguros inconvenientes. Repugnaba a muchos, alejaba de Francia no sólo los pueblos cristianos, sino el papa, tan flojo que sea, y hasta los luteranos alemanes, amenazados directamente por los asiáticos. Pues, el año que siguió a Pavia, Solimán invadió Hungría. El 29 de agosto de 1526, infligió una aplastante derrota a Ferdinando de Austria en Mohacz. Apoyando las pretensiones de Szapolyia, voïvode de Transilvania, al trono de Hungría, puso cerco a Viena, mientras que sus temibles irregulares, los «akindjis», émulos de los hunos, saqueaban los campos. La resistencia de los austríacos y la intervención de Carlos V consiguieron alejar este azote (29 de septiembre de 1531).

De vuelta a Francia después de firmar el tratado de Madrid, Francisco I hizo denunciar sus cláusulas más leoninas por el Parlamento y los notables que contribuyeron al rescate de sus hijos (el Clero con 1.300.000 y el Estado llano con 1.200.000). Luego, en el tratado de Cambrai, libremente negociado entre Margarita de Austria y Luisa de Saboya, Carlos V renunció a sus pretensiones sobre Borgoña. Detenidos como rehenes por España, el delfín y su hermano volvieron a Francia, después de pagar su rescate, el 2 de julio de 1530. Y el enlace entre Francisco I y Eleonora de Portugal confirmó la tregua entre los dos antagonistas. En este nuevo clima, el rey de Francia tuvo que apoyar con veinte navíos la expedición de su cuñado Carlos V contra Argel y dejarle las manos libres para desembarcar en Túnez el 30 de mayo de 1535, pero para evitar una ruptura con la Sublime Puerta mandó a Solimán un embajador extraordinario, La Forest, caballero de San Juan de Jerusalem.

Y cuando dos años más tarde el conflicto se reanima, también se reanuda la cooperación. Pero, con excepción de los cruceros en común en el Mediterráneo, no vale más que en el terreno diplomático. Cuando se intenta traerla en el militar, no conduce a ninguna parte. Una victoria franco-turca sería un desastre para la Cristiandad, desastre en el cual Francia misma resultaría envuelta. Entonces, según los consejos de Montmorency, se debe renunciar a los planes de una campaña en la cual 50.000 franceses en el norte de Italia debían ayudar a 100.000 turcos desembarcados en el Napolitano en 1537. ¿Cuál hubiera sido la suerte de Roma en parecida empresa? Creando el vacío por delante de los imperiales en Provenza, Montmorency consiguió detener la invasión.

Otra crisis se produce en 1543. Francisco I manda al sultán el tránsfuga español Rincón, pero atravesando Italia le matan unos esbirros del marqués de Vasto, lugarteniente de Carlos V. Este asesinato provoca guerra e invasión. Las tropas del emperador llegan a Chateau-Thierry y Enrique VIII, buscando su parte de los despojos, cerca a Bolonia. Felizmente, la victoria del duque de Enghien en Cerisoles (1544) restablece un poco la situación. Pero otra vez se llama a los turcos. En la galera de mando de Barbarossa, el capitán Paulin les conduce. Pero no se sabe qué hacer con ellos. No pueden atravesar Francia para intervenir en Picardía. Más vale lanzarles al ataque de Niza, entonces se evacua Tolón para que invernen allí. Al aproximarse un ejército

español de socorro y la flota de Andrea Doria, se marchan: y se respira mejor. A pesar de la decepción de Barbarossa, la alianza subsiste. Cuando surgen dificultades para concluir el arreglo de Crespy con Carlos V (el 18 de septiembre de 1544), Gabriel de Luitz, señor de Aramon, emprende otra vez el camino de Istambul, y después de la entronización de Enrique II, en abril de 1548, el acuerdo será todavía reforzado.

Enrique II, librado de su esposa Catalina de Médicis por su amante Diana de Poitiers

Al fallecer el 31 de marzo de 1547, Francisco I dejaba a su sucesor una situación financiera bastante apurada: dos millones de escudos de deudas cerca de la banca de Lyon. Enrique, delfín cuando murió en 1536 su hermano mayor (más aparentado con las tendencias de su padre), de espíritu ponderado, pero de carácter tenaz, bien aconsejado por su amante Diana de Poitiers ya asumía un papel moderador al final del reinado. Aunque conservaba cierto rencor al emperador, por causa de su estancia forzada en Madrid, y que demasiados lazos familiares y financieros le impidieron deslizarse a tiempo de las aventuras italianas.

¿No se había celebrado su matrimonio con Catalina de Médicis (en 1533), como la prenda de la unión de los dos países bajo la autoridad de un solo soberano? En el Consejo, los miembros de la familia de Lorena, el cardenal y Francisco de Guise (que nutría ambiciones sobre el Napolitano) favorecían las empresas peninsulares, así como los exiliados y los banqueros italianos, reagrupados alrededor de la reina. El representante del banco Guadagni, Albisse del Bene, era casado con una de sus damas de honor. Garantizaba los empréstitos reales. A través de las manos de los hermanos Nassi (judíos florentinos establecidos en Venecia) transitaban todos los fondos destinados a los diplomáticos y a los ejércitos franceses en Italia. Desde allí, se transferían a Ferrara (donde el duque Hércules de Esta, suegro de Francisco de Guise, que a veces los recibía, intentaba quedarse con ellos). Luego un obispo, tesorero, los distribuía, según las necesidades, entre cardenales, embajadores y capitanes, hacia Roma, la Mirandola, Parma o Siena.

Catalina de Médicis había sido criada por su tía Clarisa, casada con Felipe Strozzi, el hombre de negocios más rico de Europa después de los Fugger, fallecido en la cárcel en 1538. Consagrada como reina, se sentía agradecida a los representantes de esta familia (que adelantó los 80.000. ducados de su dote cuando se casó). Entonces, tres de los cuatro hijos Strozzi intentaron hacer carrera en Francia, mientras Roberto seguía dirigiendo el banco en Roma, Venecia y Lyon. Y lo consiguieron: Piero (ateo, pretencioso, insoportable) llegó a mariscal; Leone, a capitán general de las galeras, y Lorenzo, a cardenal. Como lo cuenta Lucien Romier, estos desterrados tenían «sinagoga» en la casa del poeta Luigi Alemanni, de origen judío, íntimo consejero de Catalina. Pues a la «maga» florentina le gustaban kabalistas y astrólogos en su entorno.

Como el conflicto se encendió de nuevo en Italia en 1551, bajo el pretexto de defender los derechos de Ottavio Farnese sobre Parma (amenazada por el

papa Julio II), Alemanni se marchó a Génova para pedir paso para el ejército francés y para sus aliados turcos, el derecho de anclar en el puerto una flota de 137 navíos, al mando de Dragut y de Sinan, que cruzaba frente a la costa pontifical. Fracasó en su misión (en julio de 1551). En el mes siguiente, d'Aramon, embajador francés en Istambul, suscitó un escándalo al pedir a los caballeros de San Juan la devolución de Trípoli a los turcos. Y la oposición de los venecianos obligó a abandonar otros proyectos de ataque a Nápoles con el concurso de los turcos.

Estas maniobras suscitaban una reprobación general, pero los bancos florentinos de Venecia y de Lyon persistían ofreciendo fondos y empujando a la acción. Al final del verano de 1553, las tropas francesas desembarcaron en Córcega con el apoyo de la flota turca y se apoderaron de la isla (colocada por el banco genovés de San Jorge bajo la autoridad de los duces). Luego los franco-turcos ocuparon la isla de Elba (dependencia de la Señoría). Estas inoportunas empresas levantaban contra los franceses, tanto a Génova como a Florencia.

Las torpezas de Piero Strozzi cerca de los sieneses sublevados contra Florencia y sus fracasos militares de 1554, resultaron en la capitulación de Siena (el 17 de abril de 1555). Entonces, después de la abdicación de Carlos V, la tregua de Vaucelles restableció una paz precaria pero provechosa para Francia, que conservaba los tres obispados de Metz, Toul y Verdún y seguía ocupando Saboya y Piamonte. Las intrigas del cardenal de Lorena, con vista a formar una liga alrededor del papa para reanudar la empresa contra el Milanés y Nápoles parecían abandonadas. Pero todavía los financieros estaban en la alerta. La empresa no fue sino aplazada.

Seguían los preparativos. Varias veces se había intentado crear una Banca real, sea en Lyon (1544), sea en París (1548), pero sin éxito. En 1555, fue lanzado en Lyon un empréstito, llamado del «gran partido». Al año siguiente, Niccolo Alemanni, el confidente de Catalina, y más tarde Strozzi, volvieron al ataque. Los comanditarios habituales proporcionaron 300.000 escudos. Se emitió un empréstito de un millón de francos; se incrementó el tipo de la tasa en tres a cuatro sols por libra. Y una vez reunido el «nervio» de la guerra, fue tarea fácil buscar un pretexto.

Enrique II liquida la pesada sucesión de su padre

Para castigar al papa Pablo IV, culpable de haberse atacado a los Colonna, clientes de España, el duque de Alba invadió en septiembre de 1556 los estados pontificales. Por otra parte, abandonando el clan francés, los Farnese se habían reconciliado con el emperador, que les devolvió Plasencia y Novara. Lo que bastó para justificar otra intervención en Italia del mejor jefe de guerra de la época, Francisco de Guisa, que se había cubierto de gloria al defender Metz contra los imperiales en 1553. Pero, falta de instrucciones, no pudo aprovechar la oportunidad de ocupar el Milanés y dominar a Florencia. Como su suegro el duque de Ferrara y el sobrino del papa Caraffa le prestaban un apoyo poco firme, hizo una demostración contra el Napolitano y retrocedía hacia el norte, cuando se le mandó volver con toda prisa.

Mientras Guise daba este paseo militar más allá de los Alpes, Emanuel-Filiberto de Saboya había aplastado al ejército del viejo condestable de Montmorency delante de Saint-Quentin, el 10 de agosto de 1557. De manera que los imperiales amenazaban la capital. Tomando el mando del ejército de socorro reagrupado en Compiègne, Francisco (a iniciativa de Enrique II) se apoderó de Calais el 13 de enero de 1558. El peligro había sido grande. Y la lección fué entendida.

Cuanto más que había sido cara. Ya habían sido convertidas en 1557 obligaciones a corto plazo al 10 ó 14 % en renta, perpetual al 5 %. Entonces se presentó la factura a los Estados generales reunidos en París el 5 de enero de 1558. Consintieron una contribución de siete millones en oro, pero a los banqueros de Lyon que pedían 1.600.000 libras de intereses atrasados, no acordaron más de 400.000. Como Carlos V en 1552 y Felipe II en 1556 (y luego en 1575 y 1596), Enrique II se encontraba en quiebra. Al fallecer en julio de 1559, sus deudas alcanzaban la cifra de 40 millones de libras. Los apuros de sus comanditarios los Guadagni, los Albizzi, provocaron una serie de bancarrotas y una verdadera crisis internacional.

Por el tratado de Cateau-Cambrésis, negociado por el condestable de Montmorency y el mariscal de Saint-André, prisioneros, y firmado el 3 de abril de 1559, el rey de Francia conservaba sólo Calais y algunas plazas en el Piamonte. Devolvía el Luxemburgo, la Saboya, el Piamonte (ya acostumbrado a la administración francesa), Córcega y las últimas plazas de Toscana todavía ocupadas. Liquidador de las ambiciones italianas de sus antecesores, Enrique II se decidió a firmar la paz a todo precio, porque también en el interior del país se registraba el fracaso de la política seguida por su padre.

CAPITULO IV

DESPOTA «EVANGELICO», FRANCISCO I PREPARA EL CAMINO A LA REFORMA Y A LA REVOLUCION

Protector de los artistas y de los humanistas, Francisco I enriqueció por cierto el patrimonio de Francia. Mecenas y gran constructor, reagrupó en Fontainebleau, en torno a Leonardo da Vinci, a Benvenuto Cellini, a gran número de artesanos italianos. A las influencias mediterráneas, a la moda del clasicismo, la arquitectura, tributaria del clima y ya inclinada a simplificar el estilo gótico, resistió mejor que la pintura y la escultura.

En el principio del siglo XVI ya se manifestó cierto afán para los estudios clásicos. La Universidad de París, aunque la ciudadela de la escolástica, acogió como su rector en 1513 a Girolamo Aleandro el joven, que enseñaba el griego desde 1508 en el colegio de La Marque con tal éxito que le escuchaban 2.000 estudiantes. Pero Francisco I temía las tendencias demasiado ortodoxas de la Sorbona. Al ejemplo de los príncipes italianos y de los banqueros de Lyon, deseaba que se desarrollase una cultura independiente del control de la Iglesia. Por esta razón creó unas cátedras de conferenciantes reales, núcleo del Colegio de Francia. Su primera estrella fue Guillaume Budé (discípulo de Juan Lascaris), el primer helenista de Europa, tal como Erasmo, su rival, era el primer latinista. Allí, Agagio Guidacerio y Paolo Paradisi enseñaban el hebreo.

Además, seguían la Corte ambulante de los Valois muchos escritores y poetas. Los Ronsard, Du Bellay (sobrino del cardenal), Clément Marot y sus émulos de la Pleïada contribuyeron al brillo de esta sociedad amable del entorno de los soberanos. No se apreciaba menos su talento, si con su ironía atacaban no sólo los vicios de su época, sino también sus instituciones más venerables, y en primer lugar la Iglesia. Aunque los más famosos, Erasmo o Rabelais llevaban precisamente el hábito religioso.

* * *